La Ciencia Contra la Fe

Reflexiones sobre la relación entre la verdadera ciencia y la fe evolucionista

Raúl O. Leguizamón



Universidad Autónoma de Guadalajara
Guadalajara, Jalisco, México

Primera edición 1994, Revista Iesus Christus
Segunda edición 2001, Nueva Hispanidad, Argentina

Coordinación de edición y diseño de portada
Miguel Ángel Limón Ornelas

Coordinación de producción
Eduardo Miranda Ortega

Corrección
Ana Silvia Madrigal López

Diseño de interiores
Luis Antonio López García

Tercera edición
Octubre de 2007
folia universitaria
Universidad Autónoma de Guadalajara
Avenida Patria 1201
Colonia Lomas del Valle
Código Postal 45129
Guadalajara, Jalisco, México
Teléfono (33) 3648 8824 ext. 32654
folia@uag.mx
www.folia.uag.mx
ISBN 968-872-039-9

Impreso en México
Printed in Mexico

Contenido

«Creo que algún día el mito darwinista será considerado como el más grande engaño en la historia de la ciencia».

Soren Lovtrup

«La ciencia debe, pues, comenzar con la crítica de mitos».

Karl Popper

Introducción

Los dogmas de fe son muy difíciles, si no imposibles, de refutar con argumentos científicos, como la historia de la humanidad lo atestigua sobradamente.

Nuestro tiempo no escapa por cierto a esta regla ya que en la actualidad, como en todas las épocas, una buena cantidad de gente sigue obstinadamente creyendo cosas, no sólo desprovistas de todo fundamento racional, sino que están además en franca contradicción con el conocimiento científico que hoy poseemos.

Para dar un ejemplo entre cientos de lo expresado, me referiré a la insólita creencia actual de numerosas personas –curiosamente, muchos de ellos científicos– de que el hombre desciende del mono.

Sí, señor. *Mono.* Así como suena. Se diga esto francamente, o bien en forma velada, mediante el recurso dialéctico del famoso *antecesor común*, del mono y del hombre, que habría dado origen a ambos.

Porque ha de saberse que, dentro del contexto de la hipótesis darwinista, el tan mentado como manoseado y jamás encontrado «antecesor común» del hombre y el mono, no es ni puede ser otra cosa que un mono.

«El supuesto antecesor común sería llamado ciertamente mono por cualquiera que lo viese», afirmaba el

ilustre paleontólogo de la Universidad de Harvard, George G. Simpson. *«Los antepasados del hombre eran monos...Es pusilánime, si no deshonesto decir otra cosa»*, agregaba Simpson [1].

Es deshonesto, agrego yo.

El que habla del supuesto «antecesor común» como de algo que no fuera un mono, o no sabe lo que dice o no dice lo que sabe (*).

De manera que todos los esfuerzos de numerosos antropólogos y otros investigadores en este tema, no se dirigen en absoluto a dilucidar –objetivamente y sin prejuicios– de qué *modo* se originó el hombre, sino de qué *mono* lo hizo. En otras palabras, el postulado de nuestro origen simiesco, es una *convicción* de la que se parte y no una *conclusión* a la que se arriba.

Ahora bien. Esta convicción, que numerosos científicos y divulgadores sostienen empecinadamente hasta el punto de mostrarla al público como un hecho científico demostrado (!) es –por definición– algo que está *fuera del campo de la ciencia experimental*, que se basa precisamente en la *observación* y *reproducción experimental* de los fenómenos bajo estudio. Cosas evidentemente imposibles en este caso.

De manera que, y a poco de respetar el significado elemental de las palabras y los conceptos, esta *creencia* en el origen del hombre a partir del mono, sólo puede ser

(*) Curiosamente, muchas personas sostienen que esto del origen del hombre a partir del mono es una deformación del pensamiento de Darwin, quien nunca habría dicho eso. Lo cual me confirma en la idea de que la inmensa mayoría de los darwinistas jamás han leído a Darwin, pues al final de capítulo VI de su libro *El Origen del Hombre*, Darwin afirma el origen simiesco del hombre con todas las letras.

una hipótesis de trabajo, una suposición, una conjetura. Más o menos razonable, más o menos disparatada, pero siempre de carácter *hipotético*.

No sólo no demostrada sino, aún más –por definición– *indemostrable*. Y la ciencia es demostración.

Lo que la ciencia puede legítimamente hacer a este respecto es abordar el tema en forma *indirecta*, esto es, examinando la supuesta *evidencia* científica que demostraría la transformación del mono en hombre y sobre todo el *mecanismo* que se propone para explicar esa transformación, para ver si dicho mecanismo está en coherencia o en contradicción con las leyes científicas bien establecidas. O al menos con la sensatez.

Si la evidencia y el mecanismo propuesto son científicamente válidos, esto no nos demuestra cómo fue el origen del hombre. Sólo como podría haber sido. Pero si tanto las evidencias como el mecanismo propuestos, carecen de base científica, estamos en condiciones de afirmar entonces que los hechos no pueden haber sido como los propone la hipótesis.

En otras palabras: si bien la ciencia no podrá decirnos jamás *cómo fue* realmente el origen del hombre –por ser esto metodológicamente imposible– sí puede decirnos, en cambio, *cómo no podría* haber sido dicho origen.

Aclarado este punto digamos que lo que hoy *vemos* (base primera del método científico), es que los hombres se originan de hombres y que los monos engendran monos. Por consiguiente, y en razón del principio científico del *uniformismo metodológico* –según el cual *el presente explica el pasado*– lo legítimo es suponer que los hombres siempre se originaron de hombres y nunca de monos.

Son los científicos que sostienen lo contrario, esto es, que alguna vez los monos engendraron hombres, o se transformaron en tales, los que llevan el peso de la prueba. Es

decir, los que deberían llevarla, claro, si este tema fuese tratado con un mínimo de rigor y de honestidad científica.

Como no lo es, resulta que –paradójicamente– se acepta como un dogma de fe (¡en nombre de la ciencia!) que el hombre desciende del mono, y a partir de este dogma se interpretan y manipulan los datos científicos.

Pero, ¿y por qué –cabe preguntarse– esta convicción tan categórica sobre nuestro origen? ¿Cuáles son los fundamentos científicos para tamaña certeza?

Bueno, como expresé más arriba, fundamentos propiamente científicos no los hay. La razón determinante y fundamental por la cual muchos autores sostienen que el hombre se originó a partir del mono, se basa en la aceptación ciega e incondicional de la hipótesis evolucionista-darwinista que así lo afirma. Y punto.

No debemos olvidar que para muchos científicos, la evolución no es una simple hipótesis o teoría científica, sino una cosmovisión, con fuertes connotaciones religiosas, y de ahí su fervorosa adhesión a ella.

El Dr. Michael Ruse, por ejemplo, quien es uno de los más famosos filósofos de la ciencia de EE.UU. y apasionado darwinista, dice *«Ciertamente, y no hay duda al respecto, que tanto en el pasado como, creo yo, también en el presente, para muchos evolucionistas, la evolución ha funcionado como algo con elementos que son, por así decir, semejantes a los de una* ***religión*** *secular...»* [2].

Hecho este que ya había sido notado, entre otros, por el Dr. Edwin Conklin, otrora profesor de Biología en la Universidad de Princeton, quien decía que *«El concepto de la evolución orgánica es altamente apreciado por los biólogos, para muchos de los cuales es un objeto de genuina* ***devoción religiosa****... Esta es probablemente la razón de por qué, la rigurosa crítica metodológica em-*

pleada en otras áreas de la Biología, no ha sido aplicada todavía en las especulaciones evolucionistas» [3].

Huelga destacar que estos autores se refieren a una "religión" *naturalista*, es decir a una *antirreligión* en el sentido cabal de la palabra. Pero sin duda que esta "religiosidad" explica muchas actitudes de los autores evolucionistas, que de otra manera no se pueden comprender.

No obstante, desde que numerosos científicos, divulgadores, charlatanes "cósmicos" de la tele, revistas "muy interesantes" y trovadores diversos, nos saturan diariamente con las "evidencias científicas" que "demuestran" el origen simiesco del hombre, vale la pena que analicemos sucintamente estas supuestas evidencias.

"Abrumadoras", según los más fervorosos creyentes en la hipótesis darwinista.

Evidencias científicas

Las semejanzas

Pues bien lector, aunque usted como buen profano en el tema nunca se haya dado cuenta o, lo que es más probable, jamás le haya otorgado la menor importancia, es un hecho incuestionable que entre los monos y el hombre... ¡hay semejanzas!

De acuerdo a este sensacional descubrimiento –que corta el aliento realmente y del cual jamás nos hubiéramos percatado de no ser por la revelación darwinista– existen sin lugar a dudas semejanzas entre los monos y los hombres.

En efecto. Tenemos ojos como los monos, cuatro extremidades, estómago, hígado, pulmones, corazón de cuatro cavidades, sangre caliente (depende...), etc.

Si usted sigue, obstinada y escépticamente, creyendo que todo esto no significa absolutamente nada, y que existe –a pesar de las semejanzas– un abismo sideral entre el hombre y el mono, créame que está en muy buena com-

pañía, ya que miles de científicos de primer calibre en el mundo, opinan exactamente lo mismo (*).

Pero además, lo que *especifica* a todos los entes son precisamente las *diferencias* y no las semejanzas.

Decir que una silla y una mesa son semejantes porque ambas están hechas de madera y tienen patas, es tan idiota como insistir en las semejanzas entre los monos y el hombre, omitiendo o minimizando las diferencias.

Como decía hace ya muchos años Wilfrid Le Gros Clark, famoso antropólogo de la Universidad de Oxford: *«En la evaluación de las afinidades genéticas las diferencias anatómicas son más importantes como evidencia negativa, que las semejanzas lo son como evidencia positiva»* [4].

Y atención que este autor se está refiriendo sólo a las semejanzas y diferencias *anatómicas*. Pero ya los griegos habían definido al ser humano como un «animal racional», de manera que ninguna semejanza anatómica puede explicarnos el segundo término de la definición. Es por ello que hasta el Dr. Theodosius Dobzhansky, famoso genetista y uno de los líderes del neodarwinismo, sostenía que *«Si la clasificación zoológica se basara en rasgos* ***psicológicos*** *en lugar de morfológicos, el hombre debería ser considerado un phylum* (tipo mayor de organización) *o incluso un* ***reino*** *diferente»* [5].

(*) Y miles son estimado lector, en contra de lo que pudiera parecer. Lo que sucede es que la opinión de estos científicos no llega a la gente, pues en este tema existe una *censura* feroz. ¡Otra que Inquisición y Santo Oficio! Los investigadores que no aceptan el dogma darwinista, son inexorablemente *excluidos* de los ámbitos académicos, libros de texto y medios de comunicación.

El Reino *Hominal*, vamos, como quería el gran antropólogo francés del siglo XIX, Luis Armando de Quatrefages. Pero los creyentes en la hipótesis del origen simiesco del hombre, que son además los que tienen el poder –político, financiero y académico– insisten, con místico fervor, en las semejanzas.

Semejanza implica parentesco, sostienen enfáticamente, sin darse cuenta al parecer de que esta es una *aseveración claramente anticientífica*, ya que en muchísimos casos, la semejanza es producto de una misma *convergencia* y no de una misma *descendencia* (*).

Los fósiles(**)

No obstante esto, los autores darwinistas insisten, no sólo en las semejanzas actuales, sino y sobre todo en las semejanzas fósiles, que demostrarían la existencia del sedicente "antecesor común", esto es, un mono en vías de

(*) La convergencia es el desarrollo de estructuras y funciones prácticamente idénticas, en especies genéticamente no relacionadas. Las ballenas, por ejemplo, tienen numerosas características semejantes a los peces (tanto que Linneo así las consideró) y sin embargo no son peces, sino mamíferos. Lo mismo que los murciélagos, que tienen alas y otras estructuras adaptadas al vuelo, a pesar de que no son aves, sino también mamíferos. El ojo del pulpo es muy semejante al de los mamíferos (hombre incluido) y es obvio que no existe relación genealógica entre ellos. El cráneo del lobo de Tasmania (un marsupial) es idéntico al del lobo común (un placentado). Y los ejemplos son innumerables, tanto que se puede afirmar que en la naturaleza la *convergencia es la regla* y la *divergencia la excepción*, pero como la convergencia es letal para el darwinismo, en los libros científicos y de divulgación se la minimiza, enfatizándose en cambio la divergencia, que es uno de los mecanismos del evolucionismo.

(**) Para un tratamiento más exhaustivo de este tema, consultar mi libro, *Fósiles Polémicos*, Nueva Hispanidad, 2002.

hacerse hombre. El celebérrimo "eslabón perdido" que le llaman, quien ya no existe –según dicen– pero que en un tiempo, allá, hace muchos años, parece que sí.

Este mítico "eslabón perdido", luego de engendrar al hombre habría desaparecido y nadie tiene la más remota idea de por qué. Pero mucho me temo que el pobre lo habrá hecho para no cargar con la tremenda responsabilidad de haber engendrado algo tan peligroso e inadaptado como lo que le endilgan haber engendrado: la oveja negra de la familia verdaderamente.

De todas maneras, la excelsa dignidad de esta sublime reliquia (el "eslabón perdido") ha suscitado tanto fervor entre muchos científicos, que desde hace más de un siglo se han emprendido innumerables peregrinaciones para hallarlo.

La búsqueda del "antecesor común" ha sido y es, el alfa y la omega de la antropología. Algo así –con perdón de la irreverencia– como los caballeros del Rey Arturo con el Santo Grial.

¿Y cuál sería entonces el criterio para decidir si un fósil es el famoso "eslabón perdido"?

Pues muy fácil. Todo fósil de mono que tenga semejanzas con el hombre es, hasta que se demuestre lo contrario, el "antecesor común".

Y aunque usted no lo crea lector, existen –definitivamente– fósiles de monos que muestran semejanzas con el hombre. Así es. Algunos fósiles de monos, por ejemplo, tienen incisivos y caninos más pequeños que otros monos, en forma semejante a los del hombre. Esto constituye, para muchos investigadores, una demostración de que estos monos habrían sido nuestros antepasados, sin tener en cuenta, al parecer, que existen monos actuales (el babuino Gelada, sin ir más lejos), que también tienen incisivos y

caninos pequeños –como el hombre– sin dejar por eso de ser un pelo menos mono que sus congéneres (*).

Otros restos fósiles de monos parecen indicar que dichos seres caminaban en forma aproximadamente erecta (bípeda), con lo cual se concluye –triunfalmente– que dichos monos estaban en vías de hacerse hombres.

Lo que generalmente muchos autores se olvidan de aclararle al público, es que *varios monos actuales pueden caminar en forma aproximadamente erecta*, pero que yo sepa, ninguno de estos simpáticos primates ha manifestado el más mínimo sentimiento de asombro ni de júbilo, ¡ni de consternación! tan siquiera –que sería mucho más lógico– ante la apasionante aventura de estar transformándose en seres humanos.

Pero, me dirán ustedes, ¿y qué pasa con el famoso Hombre de Neandertal, el Pitecantropus Erectus, los Australopitecos africanos? ¿No son éstos verdaderos «homínidos», antepasados del hombre?

Vayamos por partes.

Para comenzar, digamos que el Hombre de Neandertal no es ciertamente un «homínido».

A pesar de la agresiva campaña de *«difamación antropológica darwinista»* (la expresión es del famoso antropólogo americano Ashley Montagu) [6], que lo mostró durante cien años (¡y aún hoy día!) como un bruto semiencorvado, de aspecto feroz y estúpido, garrote al hombro y guarecido en su caverna,

---

(*) Si esto de atribuir significación genealógica a la forma o el tamaño de los dientes de un animal le parece a algún lector un poco aventurado, ello se debe a que el lector desconoce lo que puede hacer un antropólogo audaz e imaginativo con un diente en sus manos y la fantasía evolucionista en su cerebro. Como veremos más adelante.

hoy es un hecho universalmente aceptado que el Hombre de Neandertal era completamente Sapiens. Aunque con algunos rasgos degenerativos producidos por enfermedades como el raquitismo y la artritis y por circunstancias ambientales adversas, que le dieron cierta tosquedad a algunos de sus restos óseos (*).

Respecto de los así llamados «Homo Erectus», el asunto es por demás opinable.

Este grupo taxonómico es tan, pero tan poco definido, que puede incluir desde fraudes lisos y llanos (como el Hombre de Pekín); inventos (como el Pitecantropus Erectus, de Dubois); Neandertales (esto es, Sapiens), como los descubiertos en 1984 por Leakey y Walker en África, ¡hasta seres que han coexistido con nosotros!, como lo demuestran los sensacionales hallazgos de 1972 en Kow Swamp, Australia, de restos fósiles de Pitecantropus Erectus *¡más recientes que los Neandertales y contemporáneos nuestros!* [7].

Como este hallazgo –por sí mismo– tira por el suelo absolutamente todo el catecismo darwinista de la evolución humana, los científicos evolucionistas, como así también los medios de comunicación, han mantenido un riguroso silencio al respecto (**).

(*) A pesar de que este hecho del carácter plenamente humano del H. de Neandertal se conoce desde el año 1957, todavía hoy es frecuente encontrar su representación semibestial. Es el clásico «hombre de las cavernas» que aparece en todos los libros de texto y revistas de divulgación.

(**) Al momento de escribir estas líneas, la comunidad antropológica se ha visto estremecida por nuevos hallazgos fósiles en África que demuestran la *coexistencia* de *Homo Habilis* y *Homo Erectus*, con lo cual, la tan publicitada cuanto "demostrada" línea filogenética que ubicaba al Homo Habilis como *antecesor* del Homo Erectus, se fue a los caños. Como todas las secuencias filogenéticas imaginadas hasta ahora [8].

En cuanto a los tan mentados Australopitecos de África –incluida Lucy– desde ya debo aclarar que estos seres eran *definitivamente monos*. No hay discusión al respecto: *un metro* de estatura; capacidad craneal entre *500 y 600cc.*, (como la del chimpancé, por ejemplo; la del hombre es de alrededor de 1300 a 1500cc.); forma del cráneo *«abrumadoramente simiesca»* [9]; capacidad para columpiarse de las ramas *«igual o mejor que la del orangután»* [10], pies con *capacidad prensil* [11], hábitos de vida *parcial o totalmente arbóreos*... [12].

Toda esa otra variedad de nombres que uno lee o escucha (Ramapiteco, Dryopiteco, Kenyapiteco, Sivapiteco, etc.), son todos –sin excepción– perfectos monos.

¿Y qué es un homínido?

El problema está en que el término "homínido" designa precisamente a cualquier mono que caminaba más o menos bípedamente –o que su descubridor sostiene que caminaba así– y que tiene dientes más pequeños que otros monos. Con eso ya es suficiente para graduarse de «homínido» y para que su descubridor –o inventor– se transforme, de la noche a la mañana, en un Julio César de la Antropología.

Incluso respecto de estos criterios, no es cuestión tampoco de ser demasiado exagerados, ya que con apenas un diente, un trocito de mandíbula o un pedazo de cráneo, un antropólogo audaz e imaginativo puede reclamar estatus de "homínido" para su hallazgo.

En última instancia, un "homínido" es *cualquier cosa que un antropólogo bautice como tal*. ¡Inclusive un Homo Sapiens!, como sucedió con el hombre de Neandertal.

Por algo el Dr. Tim White, antropólogo de la Universidad de Berkeley y Director del Centro para la Investigación de la Evolución Humana, ha dicho que *«El problema con muchos antropólogos es que desean tanto encontrar un homínido, que* ***cualquier fragmento de hueso se transforma en un hueso de homínido»*** [13].

Un poco de historia

Aunque luego haya retractaciones o refutaciones, el hecho indiscutible es que en la historia de la Antropología abundan los ejemplos de "homínidos" fabricados de esta manera.

Bástenos recordar simplemente al famoso «Hombre de Nebraska» "creado" en 1922 con base en el hallazgo de *una muela* (!), para descubrirse luego –cinco años más tarde– que el molar en cuestión no pertenecía a un hombre ni tampoco a un mono, sino a un *pecarí* extinguido [14] (*).

No se asombre demasiado lector. En los 40 años que transcurrieron antes que se demostrara el carácter fraudulento del «Hombre de Piltdown», se dice que se escribieron unas 500 sesudas tesis doctorales sobre este "homínido"...

A partir de 1968 y durante 15 años, el renombrado antropólogo David Pilbeam, sostuvo que el Ramapiteco era un "homínido" –en el sentido de antepasado del

(*) En las ilustraciones de la época aparecían el Sr. y la Sra. «Hombre de Nebraska» con sus dos hijos, varón y nena por cierto (la familia tipo digamos); indumentaria: taparrabos, naturalmente; habitación: caverna, claro está; garrote al hombro él, amamantando ella, etc. La familia Picapiedras en pleno, por así decir. Todo esto, repito, con base en una muela de pecarí.

hombre– basado en un par de dientes y unos trocitos de mandíbula [15]. En 1982 cambió de opinión y cree ahora que es un mono cualquiera. Sin linaje [16].

En 1983, el antropólogo americano Noel Boaz, llamó *clavícula de un homínido*, a lo que luego se demostró que era *¡la costilla de un delfín!* (Según este antropólogo, la forma de la "clavícula" sugería que el ser en cuestión era un chimpancé que caminaba erecto) [17].

¿Cómo habría que haber bautizado a este "homínido"? ¿"Blooperpiteco", quizá?

Otros antropólogos han interpretado también como clavícula de un homínido, al *fémur de un cocodrilo* [18].

En 1984 tuvo que cancelarse presurosamente un congreso internacional de Antropología a realizarse en España, donde iba ser presentado en sociedad el recientemente hallado «Hombre de Orce» (Granada), debido a la fuerte sospecha de que el fragmento de cráneo encontrado pertenecía en realidad a un *borrico* [19] (*).

En fin, la lista es interminable. Y es quizá por ello que Sir Solly Zuckerman, una de las máximas autoridades mundiales en anatomía humana y simiesca, niega el carácter científico de todas estas especulaciones sobre los "homínidos", comparando el estudio de los supuestos antepasados fósiles del hombre con la *percepción extrasensorial* (!), en el sentido de estar ambas actividades *fuera del*

(*) Los antropólogos franceses rechazaron el hallazgo diciendo que pertenecía a un burro, y aun cuando su descubridor (José Gibert) insistió en que era un homínido, las autoridades españolas cancelaron el congreso. Actualmente la comunidad antropológica internacional no tiene en cuenta al Hombre de Orce. Sin embargo, los expertos todavía siguen discutiendo el caso.

registro de la verdad objetiva y en donde *cualquier cosa es posible* para el creyente en dichas especulaciones [20].

La escasez del registro fósil

Ante esta situación, muchos antropólogos darwinistas intentaron una última defensa de la teoría apelando –fieles a su maestro Darwin– a la "escasez" del registro fósil.

El problema, dijeron, es que los fósiles de "homínidos" constituyen un material "sumamente escaso"; que "apenas cubriría una mesa de billar"; que "cabría todo dentro de un cofre", y que patatín y que patatán.

Lo cual es simplemente falso.

El problema es que en este tema también existe doble discurso, patrimonio, ¡helás!, no exclusivo de políticos.

Cuando muchos antropólogos hablan de la supuesta escasez de los fósiles de homínidos, lo que en realidad quieren decir es que *son sumamente escasos los fósiles de homínidos que encajan en la hipótesis evolucionista*. Eso es lo que quieren decir. Pero que los restos fósiles de "homínidos" sean, en sí mismos, "sumamente escasos" es totalmente falso.

Hasta 1976, la cantidad de "homínidos" descubiertos era de 4 mil (!) [21].

No conozco cifras oficiales posteriores, pero desde que casi todos los meses se descubre algún "homínido", no es de extrañar que hoy –30 años después– la cifra ya esté holgadamente en los 6 mil.

Lo que sucede es que luego de una rigurosa selección –y no precisamente "natural"– algunos de estos restos fósiles, previo intenso "maquillaje" y adecuada manipulación de los datos cronológicos, pueden ser encajados en el esquema evolucionista. Y estos son los que se publi-

citan. Con bombos y platillos. Los otros, los que no encajan, son sepultados en una impenetrable tumba de silencio.

En otras palabras: muchos son los hallados y pocos los escogidos...

Es cierto que después de un análisis más o menos riguroso de cualquiera de estos homínidos "respetables" se comprueba, indefectiblemente, que en realidad se trataba de un *mono* (la inmensa mayoría), o de un *hombre*, o de un *"blooper"*, o de un *fraude*.

Claro que a veces pasan décadas antes de que esto suceda (100 años en el caso del Hombre de Neandertal; 40 en el fraude de Piltdown), y mientras tanto su descubridor ha adquirido fama, posición académica, subsidios de la *National Geographic*, etc. Su futuro está asegurado, y el origen simiesco del hombre "demostrado".

Además, los resultados del estudio sistemático de los supuestos homínidos –a cargo de antropólogos serios– no son generalmente publicitados; aparecen varios años después del hallazgo (y ya nadie se acuerda) y, de todas maneras, seguramente en el ínterin ya habrá sido encontrado otro homínido, también "respetable", para distraer la atención de la gente y seguir aportando elementos apologéticos en defensa de la fe darwinista.

La exhibición de los antepasados

Como todos estos datos comenzaron a ser divulgados hace ya varios años por una buena cantidad de investigadores que no adhieren a la fe evolutiva, el Sacro Colegio Cardenalicio Darwinista decidió, en 1984, organizar un evento de primera magnitud, para reavivar el fervor evolucionista, acallar definitivamente a los herejes y convertir a los infieles a la verdadera fe.

Para ello, el Museo Americano de Historia Natural de Nueva York (que vendría a ser algo así como el Vaticano del evolucionismo), auspició la famosa «Exhibición de los Ancestros», para que la visión directa de las sublimes reliquias de los "homínidos" eliminara el descreimiento y las dudas al respecto.

Bajo medidas de extrema seguridad (escolta policial, cajas de cristal a prueba de balas, monitoreo electrónico, etc.), unos 40 fósiles originales de homínidos, de todo el mundo, fueron puestos en exhibición para la veneración de los fieles.

El clima de misticismo era palpable. Los asistentes, por ejemplo, hablaban en voz baja, porque aquello era como *«hablar de teología en una catedral...»*. Un sociólogo presente en el Sínodo comentó que el ritual de la tribu darwinista le sonaba a *«culto de los antepasados»* [22].

Pero gracias a ello nos enteramos, por ejemplo, de que para la inmensa mayoría de los antropólogos e investigadores, esta era la *primera oportunidad que tenían de ver los restos originales* de los homínidos, pues, como dice Donald Johanson –el descubridor de Lucy–: *«sólo a aquellos que están de acuerdo con la particular interpretación de un determinado investigador se les permite examinar los originales»* (!) [23].

Lo cual demuestra una vez más, cuán cierto es –como dice la Sagrada Escritura– aquello de que para *"ver"* primero hay que *"creer"*...

De todas maneras, si la mayoría de los investigadores *no trabaja con los originales*, sino con *modelos de yeso*, o incluso con las descripciones de los modelos de yeso, esto nos da desde ya una idea bastante acabada acerca del rigor científico que pueden tener las investigaciones en este tema.

Es más. Para la exhibición de cada reliquia se había preparado una montura especial (un "ostensorio" digamos), tomando para ello minuciosamente las medidas de los modelos de yeso. Lamentablemente, cuando llegó el momento de colocar los fósiles originales sobre sus respectivas monturas, ¡la mayoría no encajaba! Es decir, que *las medidas de los originales no se correspondían con las de los modelos de yeso* [24] (*).

Tan poco serio es todo este asunto de los fósiles de homínidos, que incluso el Dr. Richard Lewontin, profesor de Biología y Zoología de la Universidad de Harvard, y convencido darwinista él, aclaro, ha dicho que: *«A pesar de las entusiastas y optimistas afirmaciones que han sido hechas por algunos paleontólogos, ninguna especie de homínido fósil puede ser establecida como nuestro antecesor directo... No tenemos la más remota idea de cuál de estas especies está en la línea de los antecesores humanos...»* [26].

(*) Y esto no es el resultado de un simple error de medición, obviamente. Los modelos de yeso, son hechos por el investigador que descubrió el original, de acuerdo a la *idea que él tenga* sobre la *significación* de su hallazgo, y desde que su fama (y sus subsidios) dependen de que su fósil sea un "homínido" –o algo parecido– no es de extrañar entonces que la tentación de "maquillar" un poco la evidencia, sea en gran medida irresistible. Recordemos simplemente el caso del famoso *«Hombre de Pekín»,* cuyos estilizados modelos de yeso –de aspecto francamente humano– tenían poco y nada que ver con los originales [25]. Lo cual explicaría quizá que estos hayan misteriosamente desaparecido...

La evidencia molecular

Como todo este asunto de los fósiles es tan endeble que no resiste el menor examen crítico, hace ya algún tiempo, varios de los creyentes en el dogma del origen simiesco del hombre decidieron buscar nuevos horizontes apologéticos para demostrar la hipótesis.

Y así apareció el argumento de las semejanzas moleculares, que se basa en comparar las semejanzas en las secuencias de aminoácidos entre las proteínas de diferentes especies para demostrar así el grado de parentesco. Cuanto mayor la semejanza, más cercano el parentesco. Los famosos «relojes moleculares» que les dicen.

Antes de proseguir, debo una vez más señalar que todos estos argumentos basados en semejanzas, para establecer parentescos, son sólo sofismas, pues *parecido* y *parentesco*, son dos cosas perfectamente distintas. El hecho de que individuos emparentados tengan generalmente semejanzas –morfológicas o moleculares– no autoriza en modo alguno a concluir que individuos (o especies) con semejanzas, estén necesariamente emparentados.

Sostener lo contrario, esto es, que la semejanza *por sí misma* constituya una *prueba* de parentesco, es una proposición infundada, ya que –como hemos visto– por el bien conocido fenómeno de la *convergencia biológica*, estructuras y funciones prácticamente idénticas pueden desarrollarse en individuos o especies no relacionadas. De manera que *toda la argumentación basada en semejanzas, para establecer parentescos, carece de fundamento científico.*

Pero volvamos a las semejanzas moleculares.

Hace ya varios años, algunos científicos, en un éxtasis de estremecido arrobamiento, encontraron que existen

algunas moléculas semejantes en el hombre y el chimpancé. Y el alborozo fue indescriptible.

Pero duró poco. Y en breve se transformó en una verdadera catástrofe, entre otras cosas, porque los árboles genealógicos propuestos por biólogos, *con base en las moléculas*, estaban en franca contradicción con los árboles genealógicos propuestos por los paleontólogos, *con base en los fósiles*.

Las moléculas contra los fósiles

Claro, los nuevos exégetas no se imaginaban ni remotamente en lo que se metían. Con ingenuidad propia de niños, se abalanzaron exultantes de regocijo a buscar semejanzas moleculares para demostrar –esta vez sí, "científicamente"– cómo había sido el tránsito del mono al hombre.

Cuando comenzaron a darse cuenta ya era tarde. Porque lo que encontraron tiraba por el suelo los supuestos "árboles genealógicos" construidos por los paleontólogos en años y años de esforzada e imaginativa labor. Una verdadera tragedia evolutiva.

Tantos años de coleccionar un huesito por aquí, otro más allá, algunos dientes acullá, para armar la "evidencia" de nuestro origen. Tantos años de fabricar modelos en yeso –totalmente imaginarios– de nuestros "antepasados" (vestimenta, corte del cabello, color de piel y hábitos laborales y matrimoniales incluidos). Tantos años de *manipular* los datos radiométricos; de hacer *desaparecer* los fósiles "heréticos", es decir, que no encajaban en la hipótesis. Tantos años de decirle a la gente, desde la cátedra universitaria hasta el libro de divulgación, cómo y cuándo el mono se había transformado en hombre, ahora

resultaba... ¡que había que cambiarlo todo! No hay derecho.

Y no era para menos.

Para empezar, según los antropólogos moleculares (Vincent Sarich y Alan Wilson sobre todo), el mono y el hombre se habrían separado del «antecesor común» hace apenas unos cinco millones de años, mientras que los antropólogos fósiles (en más de un sentido) habían demostrado hasta el hartazgo que dicha separación habría ocurrido hace unos veinte o treinta millones de años (!) (*).

Algunos, sobre todo entre los antropólogos fósiles, exclamaron: ¡herejía! Y comenzaron a blandir amenazadoramente sus huesos. Los moleculares, parapetados tras sus probetas, amenazaban con represalias a cargo de mutantes.

El problema es que para saber qué cosa es *herejía*, es imprescindible conocer primero qué cosa sea la *ortodoxia*. Vale decir, debe, necesariamente, existir una teoría sólidamente estructurada y una autoridad que la proclame. Pero si cada antropólogo se fabrica su propio árbol genealógico, según su propia imaginación, ¿con base en qué diantre va a censurar la imaginación de otro antropólogo?

Si cualquier cosa es "ortodoxia", nada es "herejía".

De todas maneras, los "moleculares" ganaron la primera batalla y la mayoría de los antropólogos fósiles terminaron aceptando las cifras propuestas por Sarich y Wilson. Como

(*) Aclaro que esto de los millones de años son sólo *especulaciones basadas en la hipótesis darwinista*. No hay ninguna evidencia científica seria de que estos millones de años hayan realmente existido. Los menciono simplemente para mostrar las gruesas incoherencias de esta hipótesis a partir de los datos de sus propios adherentes.

la hipótesis evolucionista –por no ser científica– es tan elástica que permite "explicar" cualquier cosa, la sangre no llegó al río.

Pero dale que darás a las moléculas, los más insólitos hallazgos comenzaron a aparecer.

La hemoglobina (proteína de los glóbulos rojos de la sangre), por ejemplo, y que es uno de los «relojes moleculares» más usados, planteó –de entrada nomás– un enigmático problema.

Es cierto que está presente –prácticamente idéntica– en el hombre y en el chimpancé, lo cual provocó un júbilo rayano en el trance místico.

Pero ¿qué significa exactamente este hallazgo en relación al parentesco?

En ciencia, como en otras disciplinas, para comprobar realmente la validez de un argumento, hay que *desarrollarlo hasta sus últimas consecuencias*, pues sólo de esta manera pueden eventualmente hacerse obvias las contradicciones ocultas en la formulación del mismo, permitiéndonos así evaluar su solidez y comprender el significado de los hallazgos.

¿Descendemos de la lamprea, de la serpiente de cascabel o del cobayo?

Pues bien, se han comparado las semejanzas –o por mejor decir, las diferencias– entre las hemoglobinas de distintas especies, precisamente para ver las últimas consecuencias de este argumento, y los resultados han sido, entre otros, los siguientes: la hemoglobina de la *lamprea* (un pez "primitivo" de acuerdo a la hipótesis evolucionista), tiene **75** diferencias con la de la *carpa* (un pez "evolucionado") y sólo **73** con la del *hombre.*

De manera que si las semejanzas moleculares demuestran necesariamente proximidad genealógica (como pretende el argumento darwinista), al menos desde el punto de vista de la hemoglobina, *el ser humano (un mamífero) está tan cerca –más cerca en realidad– de la lamprea (un pez) que la lamprea lo está de la carpa (¡otro pez!)* [27].

Para dar otro ejemplo. El citocromo C de la serpiente de cascabel (un reptil), tiene **22** diferencias con el de la tortuga (otro reptil) y *sólo* **14** co*n el del hombre* (!) [28]. Lo mismo sucede con la insulina del cobayo (un roedor) que tiene exactamente las mismas diferencias (**18**) con la del hombre que con la de la rata (otro roedor) [29].

Como se ve, el argumento entra en manifiesta contradicción con los hallazgos y por consiguiente no puede tener la validez que se le pretende atribuir.

Ahora bien. Si en estos y en innumerables otros casos, las semejanzas moleculares obviamente *no* implican parentesco, *¿cómo hacemos para saber en qué caso sí lo hacen?*

Resultados igualmente sorprendentes se obtuvieron con base en estudios más amplios, realizados, una vez más, con la proteína *citocromo C*, de la cadena de oxidación de las mitocondrias de distintas especies, ya que lo que se encontró es que *¡no existen secuencias "evolutivas" entre el citocromo C de algunas bacterias, y el resto de todos los seres vivientes!* [30].

Y así, todos los trabajos efectuados sobre diversas moléculas (insulina, mioglobina, factor liberador de la hormona luteinizante, relaxina, etc.), demostraron lo que ya habían demostrado los fósiles, esto es, que más allá de algunas semejanzas accidentales, los grupos taxonómicos básicos están completamente *separados*, sin nada en el medio que los conecte. Vale decir que de acuerdo a la biología molecular comparada, es imposible establecer una

secuencia evolutiva que relacione las distintas especies (los famosos "árboles genealógicos" de la mitología darwinista), sino que todos los seres vivos forman grupos perfectamente definidos y aislados unos de otros.

Desde el punto de vista de la biología molecular comparada, tampoco existen "eslabones intermedios", sino que los todos los seres vivos se agrupan en una forma *circular* y *jerárquica,* sin conexión entre ellos [31].

Hecho este, por lo demás, que ya había sido advertido por Aristóteles, quien además de un gran filósofo («El filósofo») fue un no menos perspicaz biólogo.

«Esto representa el colapso de todo el concepto de la evolución», dice rotundamente el brillante biólogo molecular australiano (agnóstico él y no creacionista, aclaro) Michael Denton, en su estupendo libro *Evolution: A Theory in Crisis* [32].

Frente a esta situación, los mismos autores darwinistas que antes habían exultado de gozo frente a las semejanzas entre la hemoglobina del hombre y la del chimpancé, cambiaron la argumentación y dijeron ahora que las semejanzas en *una sola* molécula, en distintas especies, no prueban nada...

Que habría que comparar *muchas* moléculas del hombre y el chimpancé, y que eso demostraría entonces que son prácticamente las mismas.

Pues bien, se hizo eso.

En el estudio con el mayor número de moléculas realizado hasta la fecha, sobre un total de 127 proteínas «ortólogas» (misma función) del hombre y el chimpancé, se encontró que *¡el 80% son diferentes!* [33].

Lo cual no hace sino confirmar –a nivel de las moléculas– lo que ya sabíamos sobre el rechazo de los injertos de órganos o tejidos de chimpancé en el hombre.

El cisma

Ante tantas contradicciones, la iglesia evolucionista sufrió una especie de cisma larvado, por cuanto muchos de los antropólogos fósiles dijeron –muy correctamente por cierto– que la semejanza molecular no tiene la menor significación desde el punto de vista evolutivo, y continúan aferrados a sus huesos (a los fósiles, me refiero). Los moleculares en cambio replicaron –también correctamente– que el estudio de los fósiles no es ciencia rigurosa por el alto grado de subjetividad que subyace a toda interpretación de un fósil.

Los descreídos, por nuestra parte, sostenemos salomónicamente que ambos grupos tienen absoluta razón en lo que *impugnan*, más allá de que estén equivocados en lo que *defienden*, y por ello afirmamos, que ni las semejanzas óseas (por las razones de los antropólogos moleculares) ni las semejanzas moleculares (por las razones de los antropólogos fósiles), prueban absolutamente nada relativo al parentesco.

Al fin y al cabo, todos los seres vivos estamos constituidos por estructuras y moléculas semejantes, por la muy sencilla razón de que *los mecanismos vitales así lo exigen.* Con la obvia salvedad de que no pueden ser iguales las estructuras y moléculas de un pez, por ejemplo –que vive en el agua– que las de un ser que vive sobre la tierra.

Por ello es que el mundo de los seres vivientes, no tiene nada que ver con "árboles genealógicos" (esto es pura fantasía). El mundo de los seres vivientes es un *mosaico*, en el cual, componentes semejantes (estructuras, moléculas, funciones, etc.), se entremezclan para formar los distintos géneros o especies, sin que esto signifique que deriven unos de otros. A la manera de un cuadro, en que el artista no necesita utilizar un color diferente para cada

figura, sino que variando las proporciones y las formas, puede –con relativamente pocos colores– representar muchas figuras.

Así, en el mundo de los seres vivos, las moléculas, al igual que las estructuras y funciones, se disponen en un patrón *mosaico o modular* y no en un patrón *arbóreo*.

El modelo *mosaico* se limita a constatar que los componentes materiales –o funcionales– se repiten en muchos seres vivos, sin intentar establecer parentescos descabellados. El modelo *árbol genealógico*, en cambio, pretende establecer supuestos parentescos, con base en determinadas semejanzas, y termina fatalmente en el absurdo.

El patrón mosaico es ciencia. Los árboles genealógicos son fantasías.

Por ello es que en la naturaleza puede existir una multitud de seres vivientes, con relativamente pocos componentes materiales. Pero por la proporción y la forma en que están dispuestos, originan seres esencialmente distintos, a pesar de las semejanzas.

Por eso es que –repito– semejanza no prueba parentesco.

Las semejanzas en el ADN (*)

De todos modos, hace ya varios años, los autores darwinistas comenzaron a proclamar triunfalmente lo que según ellos constituiría el argumento definitivo para

---

(*) ADN, como el lector no ignora, son las siglas del *ácido desoxirribonucleico*, donde está almacenada la información genética, y la *genómica*, es el estudio del conjunto de la información genética contenida en el ADN.

demostrar nuestro origen simiesco, a saber, *¡el ADN del hombre tiene un 99% de semejanza con el del chimpancé!*, con lo cual quedaría cerrada la cuestión.

Y en efecto, quedaría cerrada. Pero no en el sentido que suponen los darwinistas, sino, en todo caso, en el sentido contrario, ya que si seres tan distintos como un hombre y un chimpancé tienen estas semejanzas en su ADN, entonces la única conclusión sensata es que el ADN –o al menos *lo que conocemos* del ADN– *no es lo decisivo* en la conformación de una especie (*).

También compartimos *cerca del 50% de nuestro ADN con las bananas* y eso no nos hace mitad bananas, ya sea de la cintura para arriba o de la cintura para abajo. Y atención que estas *no son palabras mías*, sino –textuales– del destacado genetista Steve Jones, profesor de la Universidad de Londres [34]. Quien además agrega que *«El ADN no viene al caso...Los chimpancés pueden asemejarse al homo sapiens en un sentido tedioso y literal, pero en todo lo que nos hace ser lo que somos, el Homo Sapiens es ciertamente único. La Biología, con su demostración de nuestras semejanzas físicas con otros primates, sólo subraya su propia* ***irrelevancia****»* [35].

Lo cual, también ya lo sabíamos, desde la primera vez que fuimos al zoológico.

Pero analicemos un poco más este argumento, sólo para ver la manera decididamente tendenciosa en que se manipula la información.

(*) Vale la pena recordar que sólo conocemos las funciones del ADN *codificante de proteínas*, que comprende apenas el 3% del ADN. De las funciones del 97% restante, el así llamado "ADN basura", no se sabe prácticamente nada.

Ante todo es necesario aclarar que lo de la *«semejanza del 99%»* entre nuestro ADN y el del chimpancé, es simplemente un *MITO*. Como ya lo llaman ahora hasta los propios autores darwinistas [36].

El que parece que tiene un 99% de semejanza en su ADN con el Homo Sapiens no es el chimpancé sino el *ratón* [37]. Que además tiene casi la misma cantidad de genes que nosotros. También tiene aproximadamente la misma cantidad de genes y semejantes en un 75% a los nuestros, el *Caenorhabditis elegans*, un pequeño gusanito redondo, de 1mm de longitud, que está constituido por unas mil células y que tiene un periodo de vida de dos o tres semanas [38].

¿Qué conclusiones relativas al parentesco se supone que debemos sacar en estos casos?

Como según el evolucionismo nuestro antepasado es el mono y no el ratón –o el gusano– entonces, las semejanzas genéticas no tienen importancia en estos casos. Vale decir, que las semejanzas genéticas sólo tienen significación "genealógica", si están de acuerdo con la hipótesis darwinista. Si no, son sólo "hallazgos curiosos", que no se publicitan.

No debemos olvidar tampoco que el ADN sólo tiene *cuatro tipos de nucleótidos* (*), de manera que en cualquier secuencia que se dispongan dos cadenas de ADN de distintas especies, va a ocurrir por lo menos *un apareamiento cada cuatro nucleótidos*, esto es, 25 apareamientos cada 100 nucleótidos. Lo cual significa que la "semejanza cero", no equivale al 0% de apareamiento, sino al 25% del mismo [39].

(*) Los nucleótidos son las moléculas básicas de construcción de los ácidos nucleicos.

Vale decir que, de entrada nomás, *tenemos un 25% de semejanza genética con todo ser viviente*, ya sea bacteria, protozoario, hongo, vegetal o animal.

Pero volvamos a la semejanza genética entre el ser humano y el chimpancé.

Nuevos estudios han demostrado que esta semejanza sería en realidad del 96% [40]. Y digo sería, pues las cifras varían en diferentes autores. Así, hay trabajos que demuestran una semejanza del 94% [41] y otros del 86.7% [42].

¿Y cómo se explican tales diferencias en las "semejanzas"?

Pues por la enorme complejidad del tema.

Debemos tener presente que nunca se compara *todo* el genoma –lo que es imposible– sino *fragmentos* del mismo. Y con diferentes métodos y criterios. Así, algunos comparan los genes que tienen que ver con los aspectos inmunológicos; otros con la elaboración de determinadas enzimas, o con ciertas enfermedades; unos tienen en cuenta los «indels» (inserciones/deleciones de nucleótidos), y otros no. Los métodos pueden ser por apareamiento o por secuenciación, los cuales no tienen la misma precisión. Además los resultados finales se elaboran con base en proyecciones realizadas con computadoras, y estos resultados pueden variar de acuerdo a las técnicas computacionales utilizadas. Todo lo cual contribuye, por cierto, a que estas comparaciones posean un no despreciable margen de error.

Se está comenzando a descubrir, por otra parte, que los genes no son, como se pensaba, segmentos *definidos* y *aislados* del ADN, sino que están *fragmentados* y *entrelazados* con otros genes y *dispersos* a todo lo largo del genoma [43].

Lo cual aumenta a niveles insospechados la complejidad del tema y explica las diferencias en los porcentajes.

Pero aceptemos, a los fines del argumento, la mayor de las cifras que se nos proponen, esto es, que la semejanza genética entre el hombre y el chimpancé fuera del 96%, vale decir que apenas tendríamos un 4% de diferencia con estos simios. Con la condición de no olvidar que la totalidad del ADN humano estaría compuesto por alrededor de 3 mil millones de pares de nucleótidos. De manera que este "apenas" 4% de diferencia, incluiría unos *120 millones de pares de nucleótidos*, que serían equivalentes a aproximadamente *12 millones de palabras*, o a *40 libros grandes de información*.

Como se ve, la cuestión no es tan simple, como se nos quiere hacer creer (*).

Esto además de los problemas planteados por la *pleiotropía* (genes que controlan más de una característica) y la *poligenia* (características controladas por más de un gen), que parece ser el caso de la mayoría de los genes.

(*) De acuerdo al clásico «Dilema de Haldane» –que se refiere a los problemas que plantea la ocurrencia de cambios genéticos en organismos con largos periodos de vida y teniendo en cuenta el «costo de sustitución» de un gen por otro– se necesitarían $7x10^{11}$ años de vidas humanas para que las mutaciones pudieran sustituir 120 millones de pares de nucleótidos. O, si Ud. prefiere, en los 5 millones de años que habrían transcurrido desde el "antecesor común", sólo podrían haber ocurrido unas 800 sustituciones de las necesarias para «transformarnos» en seres humanos. Vale decir que tendríamos que esperar todavía unos discretos 750 mil millones de años para que apareciera el Homo Sapiens [44].

Pero además, los porcentajes pueden ser sumamente engañosos, según las *realidades* a que apliquemos esos porcentajes y el *criterio* que utilicemos.

A manera de ejemplo, compare lector las siguientes dos frases:

«La inmensa mayoría de los científicos en el mundo aceptan actualmente el evolucionismo darwinista»

«La inmensa mayoría de los científicos en el mundo ***no*** *aceptan actualmente el evolucionismo darwinista»*

Fíjese que desde el punto de vista de las letras y las palabras, estas dos frases sólo difieren en un 2%, y sin embargo, *¡su sentido es diametralmente opuesto!*, esto es, transmiten una información completamente distinta.

La semejanza del 98% que existe entre los *símbolos* de estas dos frases, no implica una semejanza del 98% en la *información* que transmiten. De la misma manera, un mínimo cambio en las moléculas del ADN puede representar una enorme diferencia en el mensaje transmitido. Y esto es así por la sencilla razón de que no hay una relación porcentual *directa* entre símbolos e información.

La información biológica –al igual que la de un lenguaje– es altamente específica, y es por ello que la relación entre símbolos e información no es porcentual sino individual, ya que los porcentajes nunca se aplican a los casos individuales.

Los porcentajes sólo dan una información *directa* cuando se aplican a un sistema *homogéneo*, es decir, compuesto por partes iguales, pero nunca a un sistema *heterogéneo*, compuesto por partes distintas. Es por ello que sabemos con exactitud qué significa el 4% de 100 pesos ($) –porque todos los pesos son de igual valor– pero, *¿qué significa el 4% de un ser humano?* ¿O de los genes que especificarían al mismo?

Para dar un ejemplo: el cerebro representa aproximadamente el 2% del peso corporal humano, o sea, más o menos igual que un pie amputado por encima del tobillo, por lo que –según el criterio del peso corporal y desde el punto de vista estrictamente porcentual– podemos legítimamente decir que un hombre sin un pie es 98% "idéntico" a un hombre sin cerebro. Y desde el punto de vista del porcentaje del peso corporal ciertamente lo son.

Se me podrá objetar que el ejemplo no es pertinente, pues es infinitamente más importante el cerebro que un pie. ¡Pues ese es precisamente el punto! En un sistema heterogéneo, el porcentaje sólo puede tener significación a la luz de un *criterio de valor* previamente aceptado. De otra manera, hace desaparecer las diferencias cualitativas, ya que los porcentajes sólo pueden evaluar aspectos cuantitativos.

De manera que no es cuestión simplemente de comparar porcentajes. Todo depende de *a qué partes* del porcentaje le damos importancia, o sea, del *criterio de valor* que utilicemos. Y para ello deberíamos conocer con exactitud qué localización y función tienen todos y cada uno de los genes, lo cual no es ni remotamente el caso.

Pero cómo, ¿acaso no se ha descifrado ya en su totalidad el genoma humano?

Pues no, lector. Para nada.

A pesar de todo el despliegue mediático del año 2000, cuando Bill Clinton y Tony Blair proclamaron triunfalmente que se había decodificado todo el genoma humano y que este consistía de 100 mil genes, hoy sabemos que esas cifras eran *totalmente erróneas*.

La cantidad de genes que hoy se acepta constituyen el genoma humano codificante es de aproximadamente 20 a 21 mil [45] (*¡80 mil genes de error!*) y de ellos sólo se han descifrado, al día de la fecha, **10,336** [46], esto es,

alrededor del 50%. El 50% del 3% que conocemos, claro. O sea, más o menos *el 1-2 % del genoma total.*

Y esto es así, no porque los científicos mientan –que lo hacen, por cierto, como cualquier hijo del "antecesor común"– sino porque la Genómica es una disciplina extremadamente compleja y que recién está en sus comienzos. De otra manera no pueden explicarse los errores arriba señalados.

Tan es esto así, que ya algunos de los mejores investigadores en este campo están tomando conciencia de la magnitud del problema y de las inmensas dificultades que este plantea. Se trata, al parecer, de una verdadera "jungla genética", más profunda, más densa y más difícil de penetrar, de lo que nadie hubiera podido jamás imaginarse [47]. Tanto, que el mismísimo Dr. Francis Collins, director del Proyecto Genoma Humano, ha llegado a decir que *«la comunidad científica tendrá que* ***repensar qué son los genes****, qué es lo que hacen y lo que no, y cómo los elementos funcionales del genoma han evolucionado»* (!) [48].

¿Se da cuenta lector?

Los más destacados especialistas en el tema –como Francis Collins– no saben a ciencia cierta ni siquiera *qué es* y *cómo actúa* un gen, y ya las cacatúas darwinistas están sacando toda suerte de conclusiones relativas a nuestro parentesco con los simios, basándose precisamente en la genómica, que es una verdadera jungla, en la que hasta los mismos "genómicos" están completamente perdidos.

Cabe agregar también, que algunos autores sostienen que lo importante no serían propiamente los genes (!), sino los *mecanismos reguladores* de la expresión de los mismos. Y como los mecanismos reguladores están íntimamente relacionados con el ARN, estos autores sugieren

que tal vez la molécula clave de la herencia *¡no sería el ADN sino el ARN!* [49] (*).

No hay que olvidar tampoco, que no tenemos idea de las funciones del 97% de nuestro ADN, el así llamado "ADN basura", y ya hay también científicos que piensan que gran parte de lo que realmente haría a un individuo o a una especie diferente de otras, estaría probablemente a nivel de este ADN "basura" [50] (**).

Como se ve, lo único que está perfectamente claro, es que el tema es completamente oscuro, y lo que se desconoce es muchísimo más que lo que se sabe, razón por la cual habría que ser sobremanera prudentes a la hora de sacar conclusiones respecto de supuestos parentescos basados en semejanzas genéticas.

Pero es precisamente esta oscuridad y esta ignorancia, lo que les viene como anillo al dedo a los autores darwinistas para llevar agua a su molino, publicitando cifras descaradamente simplificadas y por consiguiente engañosas.

(*) ARN son las siglas del *ácido ribonucleico*.

(**) Vale la pena aclarar que esta expresión "ADN basura" es una creación darwinista. Como no se sabía (no se sabe aún) su función, entonces se dijo que representaba el conjunto de las mutaciones "no beneficiosas" acumuladas en el transcurso de la evolución. Ahora que el así llamado ADN "basura" parece que va en camino de convertirse en la vedette de la genómica, los darwinistas están tratando desesperadamente de zafar, rebautizándolo como «zona oscura» del ADN y negando que ellos hayan acuñado el término "basura". Pero sin duda que lo hicieron. Y lógicamente. Si uno piensa que el organismo es el producto de una inteligencia, entonces no puede haber nada en él que sea "basura". En cambio, si uno piensa que todo es producto de mutaciones al azar y selección natural, entonces es lógico que haya un montón de basura. Especialmente en el cerebro de los evolucionistas.

De todas maneras, ninguna "semejanza genética", real o sesgada, nos hará vacilar en nuestra convicción –basada en el simple sentido común– acerca de la abismal diferencia que existe entre un hombre y un mono.

Y si el sentido común no coincide con la ciencia, no nos preocupemos. Ya llegará el día en que la ciencia coincida con él.

¿Pero todo está en los genes?

Hasta aquí he desarrollado el tema aceptando, a los fines del argumento, la teoría (neo) darwinista, según la cual todo el organismo se explicaría a partir de sus genes, para demostrar que aun así, sus pretensiones carecen de fundamento científico.

Pero permítame lector que haga un paréntesis, para decirle que hay numerosos científicos que no aceptan este *reduccionismo genético*, este *genocentrismo* –creado en gran medida por la hipótesis neodarwinista– según el cual todo el organismo se explicaría simplemente como consecuencia de la acción de sus genes, y sostienen que el tema es muchísimo más complejo.

El Dr. Brian Goodwin, por ejemplo, biólogo y matemático de renombre internacional, profesor de la Open University de Inglaterra y uno de los fundadores del Instituto para el Estudio de la Complejidad, de Santa Fe, Nuevo México, dice explícitamente que *«la pretensión de que para explicar las propiedades de los organismos basta con comprender los genes y sus actividades... es simplemente **falsa»***. Y también: *«Los organismos **no pueden reducirse a las propiedades de sus genes**, sino que deben entenderse como sistemas dinámicos con propiedades distintivas que caracterizan al estado vivo»*. Y otra: *«La morfología*

de los organismos ***no puede explicarse sólo por la acción de sus genes»*** [51].

Lo que este y otros investigadores sostienen, es que los genes especificarían el *tipo de proteínas* que deben sintetizarse, pero no el *plan general* de construcción del organismo, que no estaría a nivel de los genes. Es decir que los genes proveerían la información para el tipo de "ladrillos" del edificio de un organismo, pero no el "plan arquitectural" del mismo, que nadie sabe donde está.

El eminente genetista italiano Giuseppe Sermonti niega también, rotundamente, el "genocentrismo" darwinista y cree que habría alguna suerte de "campo morfogenético" a nivel del huevo, que sería el responsable de la configuración de los organismos.

Para dar un ejemplo: los genes explicarían por qué una rosa es *roja* y otra *blanca*, pero no existe ninguna evidencia científica de que la información contenida en los genes pueda explicar la *rosa* en sí. Y docenas de ejemplos más que Sermonti expone en su libro, que por algo se llama (en su versión inglesa) *Why is a Fly not a Horse?*, o sea, *¿Por qué una mosca no es un caballo?*

Sermonti confiesa que él no lo sabe [52]. Y si él no lo sabe, entonces nadie lo sabe, aunque no lo confiese.

Aclaro que hay otros varios autores que sostienen también esta postura [53].

De más está decir que de acuerdo al criterio de estos autores, las tan publicitadas "semejanzas genéticas" carecerían absolutamente de toda significación genealógica.

Como se ve, esto representa una vez más el fin del evolucionismo y por ello estos autores son rigurosamente silenciados por el "establishment" académico, en manos hoy de la secta darwinista. Pero este pareciera ser el camino de la biología del futuro, que sólo podrá lograr verdaderos avances cuando se destruya, de una vez por

todas, el mito pseudocientífico del evolucionismo darwinista.

Los patrones de comportamiento

Pero los autores evolucionistas, que aceptan ciegamente el dogma de nuestro origen simiesco y que parecen no entender que "parecido" no implica parentesco, insisten con las semejanzas, y puestos a buscarlas, algunos antropólogos se lanzaron intrépidamente a comparar patrones de comportamiento, que es sin duda tan "válido" como comparar huesos o moléculas.

El asunto tiene sus antecedentes allá por los años 20 del siglo pasado, cuando un biólogo –Crookshank, darwinista por cierto– sugirió que los negros descendían del gorila, porque *se sentaban en el suelo de la misma manera* que lo hace este antropoide. Los mongoles, en cambio –y por la misma razón– descendían del orangután [54]. ¿Qué tal el razonamiento lector?

De más está decir que este argumento ya no es aceptado hoy por los antropólogos serios. Entre otras razones, porque los negros y los mongoles usan ahora sillas para sentarse.

En realidad, y digan lo que digan, la época de oro del darwinismo fueron aquellos dichosos años.

No sólo porque no se tenía la menor idea de genética, biología molecular y tantos otros adelantos científicos que han ido poco a poco ahogando el vuelo imaginativo de los investigadores darwinistas, sino también, porque en aquella época los darwinistas eran sinceros y tenían agallas para decir lo que pensaban, le cuadrase a quien le cuadrase.

Así, el biólogo Klaatsch, decía explícitamente que los negros descendían del gorila, los mongoles del orangután (coincidiendo en esto con Crookshank) y los caucásicos del chimpancé [55].

Como ve, lector, nada de eufemismos respecto del "antecesor común".

Es más, ¡oh hermosas épocas! en que se comparaban –según el orden evolutivo– el cráneo de un *gorila*; luego el del *Hombre de Neandertal* (que por esa época era considerado poco más que un mono erguido); luego el de un *negro*; luego el de un *irlandés* (!) y finalmente, de más está decirlo,... el de un inglés [56].

La "Evolución" llegaba así a la perfección...

Parece que los nativos de todos los pueblos sometidos al dominio colonial británico eran "subhombres", comentaba con su habitual ironía el ya fallecido antropólogo americano Loren Eiseley [57].

Pero esto no es todo, lector. Recordemos el tristemente famoso caso de Ota Benga, un pigmeo africano encontrado en 1904, que fue considerado uno de nuestros "antecesores" y como tal exhibido a partir de 1906 –con el título de "el eslabón perdido"– en una jaula del zoológico del Bronx, en Nueva York, junto con algunos de nuestros otros parientes, esto es, unos monos, un gorila y un orangután. El Dr. William T. Hornaday, darwinista por cierto y director del zoológico, al parecer no veía mayores diferencias entre Ota Benga y el resto de nuestros antepasados... [58] (*).

Y esto no es un simple error, o hecho aislado, por cierto. Esta es la consecuencia inexorable de la concepción bestializante y deshumanizadora del darwinismo, llevada

---

(*) Después de ser liberado, Ota Benga se suicidó en 1916.

hasta sus últimas y lógicas consecuencias. Por algo decía Bernard Shaw, el gran dramaturgo inglés (irlandés, en realidad) y un profundo conocedor del tema, que el darwinismo es una cosmovisión *«asqueantemente inhumana»* [59].

Una cosmovisión que hizo posibles casos como el de Ota Benga, para no hablar de las atrocidades del "darwinismo social", y que ahora pretende, con el *Proyecto Gran Simio*, darles a los monos antropoides "derechos fundamentales", tales como libertad, derecho a la vida, no experimentación con ellos, etc., precisamente por su parentesco con nosotros [60] (*).

Pero no se crea lector que los disparates arriba descritas pertenecen a la prehistoria de la Antropología. No.

El Dr. David Pilbeam, por ejemplo, actual profesor de Antropología en la Universidad de Harvard, cree ver en la conducta de los *chimpancés*, suficientes semejanzas con la del hombre, como para sugerir que estos primates son los seres más estrechamente relacionados con nosotros. [61] Jeffrey Schwartz, en cambio, profesor de la Universidad de Pittsburg, ve esas semejanzas claramente en el *orangután* [62].

Esto de encontrar semejanzas en la conducta de los simios con la de los hombres, ha suscitado una profunda y legítima indignación entre los primeros, quienes se sienten torpemente calumniados por semejantes comparaciones. «*Nosotros cumplimos fielmente la ley natural, al contrario*

(*) En España, ya se presentó en el 2006, el respectivo proyecto en el parlamento. Es decir que se puede abortar y experimentar con embriones humanos, pero no con los simios. Cabe aclarar –en honor a nuestros inocentes "antecesores"– que esto no lo hicieron los simios del zoológico sino los del PSOE.

de lo que hacen los atorrantes e impíos seres humanos», dicen justamente indignados los simios.

A este efecto, entiendo que se va a realizar, auspiciado por la MONESCO, un congreso internacional de monos –sin diferencias de sexo, raza ni religión– a los fines de negar explícita y formalmente cualquier parentesco con nosotros.

Mucho me temo que las conclusiones de los antropoides, serán más sensatas que las de los antropólogos.

Por nuestra parte –y sin temor a equivocarnos– creemos ver notables semejanzas en el comportamiento de muchos seres humanos, con ciertas especies de reptiles.

Las serpientes sobre todo.

El problema del lenguaje (*)

Relacionado con esto de la conducta, hay otra línea de investigación, que si bien ya no goza de muchos partidarios, hace algunos años suscitó gran entusiasmo entre los investigadores en este tema.

Me refiero al problema del lenguaje, esa capacidad maravillosa, única, exclusiva del ser humano, de expresar su pensamiento en forma articulada y simbólica, que establece una diferencia abismal entre él y los animales.

Los pensadores científicos y no científicos de todas las épocas sensatas, entendieron que había aquí un misterio inabordable, un prodigio sin precedentes, y se limitaron a

(*) Varios de los datos expuestos en este capítulo los he tomado de una excelente nota sobre el tema: *La comunicación que aprenden los monos ¿es lenguaje?*, escrita por el prestigioso escritor científico George Johnson, de Santa Fe, Nuevo México, y cuya referencia figura en la bibliografía citada.

aceptar el hecho, que confirmaba, una vez más, que el hombre es un ser absolutamente único en la naturaleza.

Pero apareció la hipótesis darwinista, y pronto no faltaron los investigadores que, coherentes con la hipótesis, dijeron: *si descendemos de los monos y somos capaces de hablar, entonces, los monos también deben tener esta capacidad, al menos en potencia. Luego, si nos tomamos el trabajo de enseñarles, ellos también serán capaces de hacerlo.*

Y dicho y hecho.

Se realizaron varios experimentos: Washoe y Nim Chimsky (chimpancés); Sarah (otro chimpancé); Koko (gorila) y Lana (chimpancé). Y en efecto, ¡los simios aprendieron a hablar!

Bueno, así es al menos como titularon los medios de comunicación, aunque en ningún caso se trató, por cierto, de que los monos pronunciaran palabras, sino que aprendieron a realizar determinados gestos para "comunicarse" con sus entrenadores.

Y claro que no podía ser de otra forma, ya que los monos simplemente no tienen los órganos de fonación y articulación de los sonidos, como así tampoco los centros neurológicos del habla. Y esto para no meternos con el tema de la *inteligencia*, pues para los darwinistas, la diferencia entre la "inteligencia" de los monos y la de los hombres es sólo de *grado* y no de *naturaleza*.

De todos modos, sostienen algunos, sigue siendo cierto que los monos en cuestión aprendieron a comunicarse mediante signos, lo cual demostraría que son capaces de pensar. Pero la realidad dista mucho de ser así.

Los monos simplemente se acostumbraron a interactuar con sus entrenadores, repitiendo los gestos que estos les enseñaron. Es decir, que no se trató de que los simios

aprendieran a entenderse con los hombres, sino de que los hombres aprendieron a entenderse con los simios.

Es por ello que en relación a uno de los casos más sonados, el de la chimpancé *Lana*, los doctores Roy Lachman y Janet Mistler-Lachman, dos máximas autoridades en el tema, concluyeron que Lana no había demostrado ninguna forma de comunicación simbólica que fuese más allá de una simple *respuesta condicionada*, tales como las que se pueden lograr en pájaros, ratas o gusanos [63] (*).

En realidad, las investigaciones sobre el lenguaje animal cayeron en descrédito en los tardíos años 70, cuando los chimpancés "habladores" Washoe y Nim Chimsky, fueron expuestos como *fraudes* (no intencionales, al parecer), durante un programa de TV, en que sus entrenadores afirmaron que estos chimpancés podían construir sentencias de varias palabras. Un análisis más detallado demostró sin embargo, que los chimpancés simplemente habían aprendido a *complacer a sus maestros* haciendo diversas gesticulaciones, que sus entrenadores –esforzándose en ver ejemplos de comunicación lingüística– interpretaron como signos [64].

Lo cual es, en realidad, una vieja historia, lector.

Allá por el año 1903, Alemania entera se vio conmovida por el caso del famoso caballo Hans –«el sabio Hans»–, que sumaba, dividía, multiplicaba, sacaba raíz cuadrada, y otras proezas que bien le envidiaríamos los humanos. Hans

---

(*) En la edición anterior de este libro atribuí erróneamente a los Lachman la realización del experimento con Lana. Por el contrario, los Lachman *refutaron* el experimento, como indica la cita de arriba. Salvado el error, pido disculpas.

contestaba a los problemas planteados por su maestro, golpeando con sus cascos en el suelo... ¡y no se equivocaba nunca!

Después de una formal investigación llevada a cabo por el famoso psicólogo alemán Oscar Pfungst, se vio que lo que sucedía era simplemente que Hans, convenientemente entrenado, observaba muy rápidamente la reacción de su maestro a las preguntas y respondía acorde [65].

Lo cual demuestra, una vez más, que los animales pueden aprender muchísimas cosas y realizar verdaderas proezas. Pero siempre es un hombre el que se las enseña y nunca al revés.

Lo mismo con los monos "parlantes".

En un famoso artículo en la revista *Science*, «Can an Ape Create a Sentence?» (¿Puede un simio crear una frase?), el Dr. Herbert Terrace, profesor de psicología comparada en la Universidad de Harvard y el entrenador de Nim Chimpsky, *reconoció al fin, a regañadientes, que la respuesta era* ***no*** [66].

El Dr. Steven Pinker, psicólogo cognitivo del MIT (Instituto Tecnológico de Massachussets) dice en relación a este tema: *«Pienso que este tipo de investigación se parece más a los osos del circo de Moscú, a los que se puede entrenar para que anden en uniciclos».* Y por ello Pinker no cree que los chimpancés hayan aprendido a hacer nada más sofisticado que a apretar los botones correctos del ordenador para que los primates sin pelo que los adiestran les den sus cacahuates, sus bananas y el resto de su comida [67].

El Dr. Noam Chomsky, por su parte, famoso lingüista del MIT, opina que intentar enseñarles habilidades lingüísticas a los animales es tan *irracional,* como lo sería intentar enseñarle a la gente a batir los brazos y volar [68].

Pero volviendo a los monos parlantes, sin lugar a dudas que el caso más célebre fue el de Koko, quien –con los mismos métodos arriba descritos– llegó a dominar alrededor de 1.000 signos. ¿Qué le parece lector?

Y sin embargo, vivimos en un mundo tan materialista y tan poco dispuesto a valorar las tareas del espíritu, que lo que llevó a Koko a la celebridad no fueron precisamente los signos.

En el año 2004, tres empleadas a cargo de Koko denunciaron a la Fundación Gorila, de California –donde se llevaban a cabo los estudios con este simio– por haber sido despedidas, al *negarse a mostrar sus pechos a la primate* [69]. Según las denunciantes, la Dra. Francine Patterson –a cargo del proyecto– les dijo que *Koko les había pedido con gestos que se desnudaran*. Ella misma las animó a que obedecieran a los deseos del simio, aduciendo razones de "hastío" de su parte (del simio, se entiende).

«*Probablemente estás harta de mis pezones y necesitas ver otros*», le dijo comprensivamente a Koko la Dra. Patterson [70].

Al parecer, Koko tenía la costumbre de "comunicarse" acariciando pezones y –según se ve– la Dra. Patterson, ofreciendo los suyos. Con todo lo que viene anexo, claro. Finalmente, en noviembre del 2005, todos los cargos fueron desestimados y Koko pudo seguir sin sobresaltos con sus actos de comunicación... [71]

Lo que me llama la atención es que Koko era *una* gorila y no *un* gorila, en cuyo caso esta historia de los pezones sería más comprensible, aunque sin dejar por eso de ser moralmente reprobable. Pero bueno. Tal vez Koko había hecho ya su "elección de género" y sobre eso nunca se sabe.

Algo de esto parece que hay, pues a Koko le trajeron un gorila macho (Michael) con el propósito de convertirlo en su compañero sentimental, pero nunca pasó nada. Originario de Camerún, Michael era un gorila capaz también de comunicarse mediante gestos, pero en el año 2000 falleció. Tenía 27 años y grandes cualidades para la música y la pintura... [72].

No obstante, la Dra. Patterson dice ahora que Koko *«quiere tener hijos desesperadamente»* y que *¡ella misma se lo ha hecho saber!* [73].

¡Qué ejemplo para muchas féminas modernas que abortan a los suyos!

Aunque, dadas las peculiaridades de Koko, parecería que no queda otra que la fecundación «in vitro».

¡Para que digan después que los animales no saben expresarse!

No sabrán hablar, pero al fin de cuentas, existen muchos Homo Sapiens que saben hablar, pero no expresarse (*).

Ahora, digo yo, ¿por qué estos investigadores, en vez de tratar, tan esforzada como estérilmente, de comunicarse mediante gestos con los simios, no emprendieron la muchísimo más fácil e inmensamente más fructífera tarea de comunicarse mediante palabras, con el único animal que es capaz de hablar? ¡Y en varios idiomas!

Sí, lector. ¿Por qué no eligieron al loro?

He aquí otro rotundo ejemplo del *patrón mosaico* o modular de que hablábamos. Un animal, que incluso en los imaginarios árboles genealógicos evolucionistas, no tiene nada que ver con el hombre, comparte con él esta singularísima capacidad de emitir sonidos articulados.

(*) Si quiere "chatear" un rato con Koko, lector, le doy su sitio web: <www.koko.org.>. Y le aclaro que no es una broma.

¿Que por qué no eligieron al loro? Muy sencillo: porque el loro –de acuerdo a la hipótesis darwinista– no es ni remotamente antepasado del hombre (*).

Más semejanzas

Esto nos demuestra una vez más que las semejanzas entre el mono y el hombre en las que tanto se insiste, son semejanzas *seleccionadas* de acuerdo a la hipótesis darwinista. Las semejanzas que no encajan en dicha hipótesis se silencian.

Así, como acabamos de ver, en la capacidad de emitir sonidos articulados –característica altísimamente peculiar del hombre– somos semejantes al *loro*. En cuanto a la forma y disposición de las vísceras y la composición química de la insulina, el animal más parecido al hombre no es ciertamente el mono sino el *cerdo*. (En otros aspectos también...) De acuerdo a la estructura del pie, el animal más parecido al hombre es el *oso polar*. Con base en la composición química de la *leche* –un líquido tan complejo y fundamental como la sangre– el animal más cercano al hombre es el *burro* (**).

(*) Aunque algunos chuscos sostienen que si bien el loro no es antepasado del hombre, sí lo sería de la mujer, esto no tiene suficiente respaldo científico.

(**) Esto ya me está gustando más, pues viendo lo que escriben muchos investigadores en este tema, me da la sensación, no sólo que venimos del burro, sino que hace muy poquito que nos separamos de él. Aunque pensándolo bien, me parece que soy injusto con el burro, pues –si pudiera hablar– estoy seguro que no diría disparates de este calibre. Una cosa es la ignorancia y otra la insensatez.

Si tomamos en cuenta el tamaño y la forma del cerebro, no sólo *más grande*, sino con un grado de *cefalización* –esto es, franco predominio del lóbulo frontal, asiento de las actividades psíquicas superiores– muchísimo más desarrollado que los simios, el animal más parecido al hombre es, por lejos, el *delfín*.

En nuestros hábitos alimenticios (omnívoros), somos, nuevamente, mucho más semejantes al *cerdo* y a la *rata* (sin suspicacias, por favor) que a los chimpancés, la mayoría de los cuales son frugívoros.

Y así, una larga lista de etcéteras.

Todo lo cual no hace sino corroborar lo que vengo diciendo: semejanza no demuestra parentesco.

¿Y si los monos fueran nuestros descendientes?

El problema es que los científicos que insisten con el tema del parentesco entre el mono y el hombre –basado en las semejanzas que, como vimos, no prueban nada– equiparan, debido a su fe darwinista, *pariente* con *antepasado*. Pero esto, insisto, sólo en razón de la *fe darwinista* que nos revela que venimos del mono, ya que aun aceptando –a los fines del argumento– que somos parientes del mono, ¿no podrían los monos ser nuestros descendientes?

Si esto le suena a disparate lector, le aclaro que comparto su postura. Pero créame que es mucho menos disparatado que lo contrario. De hecho, el *mono recién nacido* tiene mucho más semejanzas al *recién nacido humano*, que a los monos adultos. Es decir, que *los rasgos típicos del mono, se van acentuando con el tiempo.* Desde luego que esto tampoco prueba nada. Pero si le damos importancia al argumento del parecido, seamos por

lo menos coherentes y apliquémoslo siempre y no sólo cuando favorece la hipótesis que queremos demostrar.

Personalmente, no me cabe la menor duda de que si el recién nacido humano tuviera rasgos simiescos, esto sería proclamado clamorosamente como una demostración "contundente" de nuestro origen a partir del mono.

Que el mono sea nuestro descendiente es, como dije, un disparate. Pero muchísimo menor que sostener que es nuestro antecesor, por la muy sencilla razón de que es infinitamente más lógico y científico, hacer derivar –al menos idealmente– una forma *especializada* a partir de una *generalizada* que no al revés.

Me explico. La teoría de la evolución sostiene que los hombres y los monos venimos de un antecesor común *no especializado*, pues sólo de esa manera podría este antecesor común haber dado origen a dos especies diferentes, es decir a dos formas taxonómicas que difieren en su *especialización*.

Ahora bien, los monos, al igual que todos los animales y vegetales, son *altamente especializados*, ya que de otra forma no podrían sobrevivir.

De toda la infinita variedad de seres vivos que conocemos, *¡el único no especializado es el hombre!*

De manera que si el camino evolutivo es desde una forma no especializada, a una especializada, entonces sin duda que el antecesor común tendría que haber sido el Homo Sapiens. O algo parecido.

De hecho, ha habido y hay destacados antropólogos y primatólogos (Otto Schindewolff, Van der Horst, Westenhöfer, de Snoo, Wood Jones, Geoffrey Bourne, Jeremy Cherfas y varios más) que aproximadamente sostuvieron y sostienen esta postura. Esto es, que *el "antecesor común" habría sido un ser mucho más parecido al hombre que al mono* y que de él habrían

derivado, más o menos horizontalmente, el hombre y –por degeneración– los monos actuales.

Es decir, que la "evolución" produciría "involución"...

Por cierto que estos antropólogos no tienen la menor idea respecto del origen de este supuesto antecesor común –casi idéntico al hombre– pero, en este sentido ¿están en mejor posición los antropólogos darwinistas? ¿Tienen ellos acaso la más remota noción de dónde se originó el mono ancestral?

En absoluto no. Más allá de alguna estrafalaria –y ya no aceptada– especulación sobre la *musaraña* (!) como supuesto antecesor de los monos, la verdad es que *¡nadie tiene la más remota idea de dónde se originaron los monos!* (*).

Lo cual llama ciertamente la atención, pues ¿cómo puede ser que todos los buscadores de fósiles que viven encontrando restos de monos –supuestamente antepasados del hombre– ¡nunca encuentren antepasados del mono!?

¿Es que éste se originó por generación espontánea?; ¿o vino de otro planeta?

(*) Pero lo más significativo, desde el punto de vista epistemológico, no es que no tengan la menor idea, sino que al parecer tampoco les interesa. Y esto es lógico, pues el evolucionismo no es una hipótesis científica –aunque fuese errónea– que trata de explicar el origen de las especies a partir de otras preexistentes, sino una pseudociencia basada en una filosofía naturalista, donde lo único que realmente interesa es demostrar que los seres humanos venimos de las bestias, gracias a un proceso materialista carente de sentido. Por eso es que casi todos los estudios se centran alrededor de la relación mono-hombre. Con esto ya es suficiente. Demostrar de dónde se originaron los monos, no tiene mayor importancia.

¿Cómo puede ser que todo resto de mono encontrado, sea “antepasado del hombre”? ¿Es que el mono no tiene antepasados?

No, lector. No los tiene (*). Lo mismo que el hombre. Cuando aparecen los monos son eso, perfectos monos. Cuando aparece el hombre, es tan hombre como nosotros.

Esto es lo que demuestra el estudio serio y sin prejuicios de los restos fósiles: aparición *súbita* y con *plena perfección* del hombre, del mono y de todas las especies animales o vegetales.

Me apresuro a aclarar que el consenso es unánime en este sentido.

Ningún paleontólogo serio en el mundo puede mostrar *un solo ejemplo* de “eslabón intermedio”, de los cientos o miles que harían falta para dar forma a los imaginarios “árboles genealógicos” evolucionistas.

A lo sumo se limitan a expresar su convicción darwinista, de que serán encontrados en el futuro. O sea, lo mismo que decía Darwin hace más de un siglo.

Todo es cuestión de seguir cavando...

La selección natural

En última instancia lector, todo lo que llevamos visto hasta aquí, sólo demuestra –con mayor sofisticación– lo que siempre supimos. Que entre el hombre y el mono hay semejanzas. Pero con eso no hacemos nada, pues esta semejanza, por sí misma, no constituye una *demostración* de nada, sino un *hecho a explicar*, en todo caso.

(*) *«El tiempo y el lugar de origen del orden de los primates, permanece envuelto en el misterio»,* dice nada menos que Elwyn Simons, uno de los principales expertos del mundo en este tema [74].

La explicación darwinista consiste en que dichas semejanzas son el resultado de nuestro origen simiesco.

Pero la semejanza –por sí misma– no puede demostrar esto. Lo único que podría hacerlo sería un *mecanismo* que fuera capaz de explicar la supuesta transición del mono al hombre. Porque si no hay un mecanismo que explique más o menos racionalmente esta transición, adiós hipótesis darwinista (como dijo el propio Darwin).

Pues bien. Hay expresiones que adquieren un poder de sugestión tan grande, que anulan la razón y permiten, por así decir, la captación "mística" de la realidad. Los *mantras* de los budistas, por ejemplo.

La fe darwinista tiene naturalmente sus "mantras" y quizá el más importante de ellos sea la famosa y todopoderosa selección natural.

Ésta explica no sólo la transición del mono al hombre (apenas una minucia) sino también el origen de todas las especies animales y vegetales de nuestro planeta. Sí, señor. Pero con la condición de que usted no pregunte qué es. Vale decir, cual sea su naturaleza.

La selección natural "explica" todo, con la condición de que no se intente definirla científicamente. Lo cual es coherente, ya que en cuestiones de fe nunca hay que racionalizar el misterio.

Cuando los autores evolucionistas intentan dar una definición, hablan –más o menos "ex cáthedra"– de *reproducción diferencial*, esto es, que algunos individuos –los "más aptos"– tienen mayor descendencia y estos son los favorecidos por la selección natural, mientras que otros –los "menos aptos"– tienen menor descendencia y son eliminados. Desde ya podemos ver que la selección natural explicaría, en todo caso, la *supervivencia* de los "más aptos", pero no la *aparición* de los mismos.

Pero hay otro problema.

Pues al no existir un criterio de aptitud *independiente de la supervivencia*, lo arriba expresado se convierte automáticamente en una *tautología*. Es decir, un razonamiento circular que no explica nada y confunde todo.

Para decirlo de otra forma: los individuos más "aptos" tienen mayor descendencia y sobreviven. ¿Y por qué tienen mayor descendencia y sobreviven? Pues porque son más "aptos", claro. Es decir que la selección natural "explica" la supervivencia de los supervivientes o, lo que es lo mismo, que sobreviven los que sobreviven.

La tautología es obvia. Tan obvia, que hasta algunos darwinistas se han dado cuenta. ¡Cómo será! (*).

Y la razón de por qué la selección natural darwinista no se pueda definir de una manera no tautológica, es porque ella, en realidad *no existe*. Con existencia real. Se trata sólo de una *metáfora* para decir que algunos individuos viven más que otros y, supuestamente, tienen mayor descendencia.

¡¿Cómo?! ¿Que la selección natural es una metáfora? Pero, ¡¿quién se atreve a proferir semejante blasfemia?!

¡Pues el propio Darwin!, ni más ni menos, en *El Origen de las Especies*, capítulo cuarto. Para allí mismo agregar

---

(*) El Dr. Conrad Waddington, famoso genetista que fue de la Universidad de Edimburgo y uno de los autores de la teoría sintética o neodarwinismo expresa: *«La selección natural resulta ser, en una inspección más ajustada, una* ***tautología****... Ella expresa que los individuos más aptos (definidos como aquellos que dejan mayor descendencia), dejarán mayor descendencia»* [75].

Aclaro que muchos otros autores señalan también el carácter tautológico de la selección natural.

lo siguiente: *«en el sentido literal de la palabra, la selección natural es un término falso»* (*).

Como se ve, Darwin no era tan darwinista como sus seguidores. O, como dice el conocido biólogo Rémy Chauvin, profesor honorario de la Sorbona, *«Darwin matizaba mucho más sus ideas y estaba bastante menos loco que sus rabiosos seguidores»* [76].

Lo que sucede es que los darwinistas *creen* en Darwin, pero no lo *leen*. Y menos aún lo estudian con sentido crítico. Son los científicos antidarwinistas los que estudian atentamente a Darwin. Los darwinistas simplemente tienen fe en él.

Pero además, observe lector, que la selección natural sólo expresa –de una manera tautológica– que algunos individuos tienen mayor descendencia que otros y por eso sobreviven. Con lo cual estamos de acuerdo, naturalmente. La cuestión es, *¿de qué manera se transformaría una especie en otra por el solo hecho de tener mayor descendencia?*

Aquí reside una de las confusiones capitales del darwinismo. En atribuirle propiedades "creativas" o "trans-

---

(*) Y realmente lo es, pues el verbo «seleccionar» implica elegir, escoger, preferir, distinguir, discriminar, actividades todas estas para las cuales es imprescindible una *inteligencia*. Y la naturaleza no tiene inteligencia. Al usar la expresión «selección natural» estamos atribuyéndole a la naturaleza propiedades que esta no tiene. La estamos *personificando*. Es quizá por ello que en la 6° y última edición de El Origen, el mismo Darwin dijo que era más correcta la expresión «supervivencia de los más aptos» (creada por Spencer), pues esto nos indica algo concreto: los "más aptos" sobreviven, los "menos aptos" mueren. Lo cual describe un hecho, pero no pretende ser un mecanismo que "seleccione" a los individuos según su grado de aptitud.

formadoras" a la selección natural que, como su nombre lo expresa, sólo puede *seleccionar lo que está ahí*, pero no puede *crear* órganos ni funciones nuevas y por consiguiente no puede *transformar* una especie en otra.

Hay bacterias que se reproducen cada 20 minutos, de manera que en pocos días o semanas tienen millones de descendientes y sin embargo, siguen siendo bacterias –y bacterias de la misma especie– desde hace miles de millones de años.

Pero aun tomando la expresión selección natural en sentido metafórico, como una "cosa" (que en realidad no existe), que explicaría la supervivencia de los más aptos, fíjese lector que el resultado sería exactamente lo contrario de lo que suponen los evolucionistas. Porque de ser así, la selección natural favorecería, por ejemplo, la supervivencia de los "mejores" monos, es decir, de aquellos ejemplares que representan más acabadamente la especie mono. Lo cual significa, por ende, que la selección natural *haría que los monos fuesen cada día más monos*. ¡Pero no *menos* monos y *más* hombres! Esto es un disparate.

Lo que creo que sucede en relación a este punto es que en muchos investigadores subyace, en forma inconsciente, la íntima convicción de que el hombre es un ser *superior* al mono; es decir, más "evolucionado", más "perfecto". Pero desde el punto de vista *meramente biológico*, esto no es así. ¡Para nada! El mono no es un primate imperfecto que llegará a la perfección cuando "evolucione" hasta hombre. ¡De ninguna manera!

El mono, en cuanto mono, es perfecto. (Todos los seres vivos son perfectos en su plano).

Más aún. Desde el punto de vista estrictamente biológico y, más precisamente *desde el punto de vista darwinista*, el mono es decididamente *superior al hombre*. (Las ratas mucho más aún).

La demostración es muy simple: abandonemos un hombre y un mono en medio de la selva y veamos quién tiene mayor *capacidad de supervivencia*. (La novela de Tarzán, aunque divertida, es pura fantasía. Igual que la hipótesis darwinista de la que es hija)

El hombre no puede treparse a los árboles como el mono; no puede defenderse del sol ni del frío sin ropas; ni de las inclemencias del tiempo sin techo. Necesita cocinar sus alimentos, etc., etc.

Por cierto que el hombre es infinitamente "superior" al mono por su *inteligencia*. Pero ésta no pertenece al dominio de la Biología. Lo que pertenece a la Biología es el *cerebro*, pero no la inteligencia, que se *expresa* a través del cerebro, pero no se *identifica* con él. Como lo han demostrado ya Bergson, W. Penfield, R. Sperry, C. D. Broad y Sir John Eccles, entre otros.

Incluso esto de la inteligencia es muy pero muy relativo, pues cuando ella supera el nivel mínimo de astucia indispensable para reventar impunemente al prójimo, se transforma decididamente en un factor antisupervivencia. ¿Quién sobrevive mejor?, ¿un estafador o un pensador?, ¿un prestamista o un artista?, ¿un usurero o un misionero?

Y esto hablando de los humanos. ¡Qué no pasaría en el mundo animal!

Imaginemos por un instante que, gracias a algún insólito milagro darwinista, un desdichado mono comenzara a desarrollar ciertas características humanas. Que comenzara, por ejemplo, a emocionarse ante una puesta de sol; a estremecerse –como Pascal– contemplando a las estrellas; a embelesarse con el trino de los pájaros; a escribirle poemas a la mona dueña de su corazón (y que seguramente le habrá dado calabazas); a interrogarse sobre su origen y su destino...

¡El pobre mono que tuviera la singular desgracia de desarrollar cualquiera de estas características sería inexorablemente aniquilado por la selección natural!

Tiene muchas más probabilidades de sobrevivir –y hacer buen dinero– *un hombre haciéndose el mono, que un mono haciéndose el hombre*. Como vemos todos lo días, helás, en este gran circo en que estamos inmersos.

El resultado de la acción de la selección natural –aun usada en sentido metafórico– sería el de que los seres vivientes se mantengan siempre *fieles al tipo*, *eliminando* a los que desvían de él.

Este es el sentido correcto de la expresión «selección natural», expresión que por cierto *no fue creada por Darwin* –como muchos creen y como él mismo se encargó de hacer creer– sino 24 años antes por el naturalista inglés Edward Blyth, quien la usaba en el sentido que señalé arriba (*).

La así llamada selección natural es, efectivamente, una metáfora que indica la acción de un conjunto de factores en la naturaleza, que hacen –repito– que los seres vivientes permanezcan siempre *fieles al tipo*: los reptiles, reptiles; los monos, monos; los hombres, hombres. Aunque respecto de los hombres, la selección natural pareciera no estar muy activa últimamente...

Me apresuro a aclarar que este efecto estabilizador o conservador del tipo, de la selección natural, ya ha sido

---

(*) Para el lector interesado en ver cómo Darwin ocultó deliberadamente cualquier mención de E. Blyth, después de apoderarse de su concepto y cambiarle el sentido, me permito recomendarle el fascinante libro del famoso antropólogo americano, Loren Eiseley: *Darwin and the Misterious Mr. X.*, Harvest Book, N. York, 1979, p. 45

reconocido –aunque a regañadientes– por varios científicos darwinistas (Simpson, Maynard Smith, G. Williams, Lewontin, y Richard Leakey entre otros).

Usada en sentido contrario, esto es, como «algo» capaz de transformar una especie en otra, es un concepto totalmente erróneo.

Y esto es así, porque las características de todo organismo están –hasta el último detalle– rigurosamente programadas a nivel de la información hereditaria que se transmite de los progenitores a sus descendientes, y que hace que un ser viviente sólo pueda engendrar otro ser viviente *de su misma especie*, y absolutamente ninguna otra cosa.

Para que un ser viviente pudiera engendrar otro, esencialmente distinto, habría que cambiar totalmente dicha información, inscripta en su ADN (*). Y la selección natural jamás puede hacer esto, por la muy sencilla razón de que ella "actúa" (metafóricamente, se entiende), sobre el *organismo* ya formado y no sobre sus *genes*. O, como dicen los biólogos, la selección natural actúa sobre el *fenotipo* y no sobre el *genotipo*.

Las mutaciones

Pero, ¿y las mutaciones?, me preguntará algún lector. ¿No pueden acaso las mutaciones cambiar la información genética?

¡Ah! Las mutaciones...

(*) En su ADN y al parecer en otras partes del organismo también. Como dije antes, hay autores que sostienen que la información hereditaria no estaría *únicamente* ni quizá primariamente a nivel del ADN. Pero para el caso que nos ocupa da lo mismo.

Este es otro de los sagrados “mantras” del darwinismo. Del neodarwinismo para ser más exactos.

Este “mantra”, junto con la selección natural, explica también el origen de todos los seres vivientes. Pero con la misma condición: la de no analizarlo científicamente.

Desde el punto de vista científico, las mutaciones son alteraciones al azar en la composición química de los genes, esto es, en las macromoléculas del ácido desoxirribonucleico (ADN), donde está codificada la información hereditaria.

Vale la pena recordar que el mensaje inscrito en las moléculas del ADN ha sido llamado bellamente «el lenguaje de la vida». Y realmente lo es, ya que tiene *letras* (las bases nitrogenadas), *palabras* (los tripletes), *frases* (los genes) y *párrafos* (los operones).

No es que *sea como* un lenguaje sino que *es* un lenguaje, vale decir que su relación con el lenguaje es una relación de *identidad* y no simplemente de *analogía*.

Ahora bien. Un cambio al azar en el lenguaje de un texto, tiende inevitablemente a deteriorar el mensaje de ese texto. Como una mancha de tinta en un escrito, por ejemplo. Es por ello que un cambio al azar (como una mancha de tinta o una mutación), no puede ni mejorar ni crear un mensaje. Sólo una *inteligencia* puede hacer eso.

Es por ello que el 99.99% de las mutaciones estudiadas en el laboratorio han sido *dañinas, deteriorativas o letales*. En el mejor de los casos han sido *neutras*, ya sea porque el gen alelo, es decir el que viene del otro progenitor, suple la función del gen dañado, o bien porque el cambio ha sido insignificante y por ello no ha afectado la viabilidad del organismo. Por ello es que cuanto *más grande* la mutación, *más peligrosa* es para el organismo.

En otras palabras: *o la mutación produce un efecto mínimo que no afecta la supervivencia del organismo*

–en cuyo caso jamás podría cambiar la especie– o bien la mutación tiene la magnitud suficiente como para cambiar eventualmente la especie, pero en ese caso es letal.

Este es un dilema de hierro y no hay forma de escapar de él.

Las supuestas mutaciones "favorables" de que hablan algunos científicos, por lo general no son verdaderas mutaciones. Son sólo una manifestación de la *variabilidad genética* que tiene todo organismo, que hace que en determinadas circunstancias se expresen genes que ya *estaban presentes* –aunque reprimidos– porque su funcionamiento no era necesario.

Pero aun en el caso de que existieran mutaciones "favorables", con eso no hacemos nada, pues la hipótesis evolucionista necesita, imprescindiblemente, no nada más mutaciones favorables, sino *transmutaciones*. Es decir mutaciones *creativas*, capaces de producir *novedades biológicas* (ojos, plumas, sangre caliente, etc.), que expliquen la aparición de las distintas especies biológicas. Desde la bacteria al hombre.

Y esto sí que es pura fantasía.

Una vez más cito al Dr. Conrad Waddington, quien a este respecto expresa: «*Una mutación sólo puede alterar un carácter que el organismo ya poseía en anteriores generaciones. No puede producir la pinza de una langosta en un gato, por ejemplo;* ***sólo puede alterar el gato de algún modo que lo deje esencialmente gato***» [77].

La imposibilidad de que las mutaciones puedan tan siquiera producir un órgano nuevo, se deriva fundamentalmente de su carácter perjudicial y de su escasa frecuencia.

Además, para poder transmitirse a la descendencia tienen que afectar las células *germinales* y ser *dominantes*,

es decir, prevalecer sobre el gen alelo, para tener algún efecto. Todo lo cual disminuye aún más su frecuencia.

Pero hay otro problema.

Para que apareciera un órgano nuevo, las mutaciones "creativas" (que repito son puramente imaginarias, ya que las mutaciones que la ciencia conoce son todas deteriorativas o neutras) tendrían que ocurrir (¡al azar!) en un *mismo sistema genético*, para poder *sumarse* e *integrarse* y dar origen así a un órgano nuevo, que no se produciría por la acción de *una* mutación, sino de *miles* de ellas.

Para producir un ojo, por ejemplo, todas las mutaciones tendrían que afectar el conjunto de genes que rigen la formación de ese órgano.

Ahora bien, esto plantea una *imposibilidad estadística absoluta*, que ha sido exhaustivamente analizada por autores de la talla de Emile Borel, Charles Guye, Lecomte du Nöuy, Georges Salet, James Coppedge y otros.

Hasta aquí he desarrollado el argumento de las mutaciones, siguiendo el esquema de la hipótesis evolucionista para demostrar que, aun así, es totalmente imposible que ellas puedan crear novedades biológicas y transformar de esta manera las especies.

Pero la cuestión es más grave aún.

Y aquí hay que abandonar el dogma darwinista y pasar a la realidad. Es decir, salir del terreno de la fantasía y pasar al terreno de la ciencia.

Porque la pseudociencia darwinista no tiene lugar en sus esquemas para el concepto de *organismo*. Esto es, un *conjunto infinitamente complejo de estructuras integradas que funcionan como un todo*.

Heredera al fin y al cabo del *mecanicismo cartesiano*, la hipótesis evolucionista piensa en términos de *partes*. Y así los darwinistas creen posible que un organismo se vaya

modificando por partes, que al sumarse, producirían su transformación en otro organismo.

Pero esto es puro desatino. Ignora la gran ley biológica del *«todo o nada»*.

¿De qué le serviría a un mono, por ejemplo, desarrollar piernas de hombre, sin desarrollar simultáneamente pelvis de hombre? ¿Y como podría articularse una pelvis de hombre, con columna vertebral de mono? ¿Cómo puede haber mano de hombre, con brazo, antebrazo y hombro de mono? ¿Cómo puede haber cráneo de mono, con columna vertebral de hombre?

Todas estas estructuras, o aparecen *simultáneamente* –y en estado de completa *perfección*– o no sirven para nada. Por el contrario, son un *estorbo* para la supervivencia.

Esto se aplica por cierto a todos los seres vivos.

Y para que esto sucediera, tendría que *cambiar toda la información hereditaria*, en forma *simultánea* y *sin un solo error*. Es decir, debería ocurrir una mutación gigantesca, un *reordenamiento radical de todo el genoma*, dirigido y especificado hasta en los más mínimos detalles, para producir un ser viviente capaz de funcionar. Esto es, de vivir.

Lo cual constituye un milagro más grande que resucitar un muerto (*).

Esto, que ya había sido planteado en los años 30 (siglo XX) por el insigne biólogo y paleontólogo alemán Otto Schindewolff, encontró su más acabado expositor en

(*) Y un milagro extraño, además. Antinatural, por así decir, más que sobrenatural. El muerto que resucita, recupera algo que ya tenía y que de suyo le pertenece. Es como si pasáramos una película para atrás. La transformación de un mono en un hombre, en cambio, es como si una película se transformara en una obra de teatro.

Richard Goldschmidt, uno de los más destacados genetistas del siglo.

Allá por los años 40, R. Goldschmidt, ferviente darwinista él, después de haber dedicado toda su vida al estudio de las mutaciones, concluye diciendo que es *absolutamente imposible que ellas puedan explicar la transformación de las especies*. Publica un libro [78] y un artículo [79] de un rigor científico ejemplar, donde demuestra en forma abrumadora, el carácter completamente anticientífico de todo este asunto de las mutaciones.

Nadie, *absolutamente nadie, ha sido capaz de refutar las conclusiones de Goldschmidt en este sentido*.

Huelga aclarar, que los autores evolucionistas no han hecho el menor caso de las conclusiones de este investigador, y siguen lo más campantes hablando las consabidas tonterías sobre las mutaciones, sin tomarse siquiera el trabajo de analizar sus escritos.

Ni de los muchos otros autores que sostienen lo mismo.

De todos modos, vale la pena recordar, que después de casi 100 años de experimentación en este tema, **no existe un solo caso reportado en toda la literatura científica que documente la aparición tan siquiera de un órgano nuevo, mucho menos de una nueva especie, por la acción de las mutaciones.**

Recordemos además que de ser cierto lo que plantean autores como Goodwin o Sermonti, en el sentido de que para explicar un organismo hace falta algo más que sus genes, entonces todo este asunto de las mutaciones como agentes del cambio evolutivo, se hace simplemente insostenible.

Como se ve, en este sucinto análisis del tema sólo he tratado de esbozar algunos de los problemas que plantearía

la transformación de un mono en un hombre, desde el punto de vista meramente biológico.

No he mencionado, salvo de paso, el problema capital de la inteligencia del hombre, que marca una diferencia no de *grado* –como sostienen los evolucionistas– sino de *naturaleza* con el mono, ya que este problema ni siquiera puede plantearse en este contexto.

Pretender explicar la inteligencia humana a partir de mutaciones al azar, actuando sobre los genes de un mono, es simplemente no saber de qué se está hablando.

En síntesis: algunos monos tienen incisivos y caninos parecidos a los nuestros. Otros caminan en forma aproximadamente erecta. Algunas moléculas de los monos son similares a las nuestras (¿y de qué pretenden los evolucionistas que estuviésemos hechos?, ¿de plástico acaso?).

La selección natural, cualquier cosa que eso sea, significa que sobreviven los individuos más fieles al tipo, lo cual *conserva* las especies, no las transforma. Y las mutaciones son absolutamente incapaces de explicar tan siquiera la aparición de un órgano nuevo.

¿Cuál es entonces la supuesta evidencia científica de que el hombre se originó del mono?

Ninguna por cierto. Es sólo un dogma de fe; de fe darwinista.

Y ya sabemos que frente a la certeza de la fe, ningún argumento racional es efectivo.

Raúl Leguizamón
Guadalajara, Jal., septiembre de 2007

Credo evolucionista

Creo en la Evolución todopoderosa,
que a partir del "Big-Bang" produjo el cielo y la tierra,
y todos los seres que en ellos existen; terrestres y
"extraterrestres".
Y en Carlos Darwin, el sumo profeta,
que fue concebido por obra y gracia de la mentalidad
manchesteriana,
en la Inglaterra victoriana, rapaz y puritana.

Nació en las nebulosas divagaciones de Empédocles,
Demócrito y Lucrecio.
Creció al calor de los sofismas de Descartes, Locke y
Hume.
Se nutrió de Malthus y se consolidó con Spencer.
Fue preanunciada por Lamarck, el precursor,
Y REVELADA FINALMENTE POR DARWIN EN LA
PLENITUD
DEL SIGLO ESTÚPIDO. (Genuflexión al llegar aquí).

Fue aclamada por Marx, Engels, y todo el medio pelo
intelectual;
fue refutada, muerta y sepultada por los verdaderos
científicos.

Fue resucitada luego –con fines ideológicos– por una multitud de delirantes,
pero dueños de la manija.

Creo en la Selección Natural,
que a partir de una ameba produjo al hombre;
y en las mutaciones, que brindaron la materia prima para semejante prodigio.
Creo que el alma no existe y que Dios es sólo un producto de la mente del hombre,
que no es sino un mono evolucionado.

Creo en la supervivencia de los "más aptos",
o sea, aquellos liberados de la opresión de oscuras supersticiones,
tales como la Fe, la Patria y el heroísmo;
factores todos que conspiran contra la supervivencia.

Creo en la fosilización de la carne,
y que la vida es un fenómeno físico-químico, producto del azar.
Creo, en fin, que todo cambia y nada permanece.
Excepto la inmensa estupidez humana,
que es capaz de suscribir un credo como éste.

Amén.

R. O. L.

Bibliografía

1. George Gaylord Simpson, «The World into which Darwin led us», *Science*, v. 131, 1 de abril de 1969, p. 969

2. Michael Ruse, «Nonliteralist Antievolution», *AAAS Symposium*: «The New Antievolutionism», febrero 13, 1993, Boston, MA.
http://www.arn.org/docs/orpages/or151/mr93tran.htm

3. Edwin Conklin, *Man Real and Ideal*, Scribner, 1943, p. 147.

4. Wilfrid Le Gros Clark, *«Early Forerunners of Man».* 1934. Citado por Arthur Custance, Doorway Papers n. 9 (Otawa, 1957) p. 26.

5. Theodosius Dobzhansky, *Chance and Creativity in Evolution*, U. of Cal. Press, Los Ángeles, l974, p. 333

6. Ashley Montagu, *Man: His First Million Years*, Signet Science Library, New York, 1962, p. 58.

7. A. G. Thorne and P. G. Macumber, «Discoveries of Late Pleistocene Man at Kow Swamp, Australia», *Nature*, 238, 11 de agosto de 1972: 316-19.
http://www.nature.com/nature/journal/v238/n5363/abs/238316a0.html

8. «Homo Habilis vs. Homo Erectus», BBC, edición de Internet.
http://news.bbc.co.uk/hi/spanish/science/newsid_6937000/6937769.stm

9. Solly Zuckerman, *Beyond the Ivory Tower*, Taplinger, N. York, 1971, p. 78.

10. Charles Oxnard, «A Note on the Fragmentary Sterkfontein Scapula». *Am. J. Phys. Antropol.*, v. 28 (1968), pp. 213-218.

11. Wilfrid Le Gros Clark, *Historia de los Primates*. EUDEBA, Bs. As., 1962, p. 48 y 49.

12. Jack Stern y Randall Susman, *American Journal of Physical Anthropology*, 60:279, 1983.

13. Citado por I. Anderson, en «Humanoid Collarbone Exposed as Dolphin's Rib», *New Scientist*, 28 de abril, 1983, p. 199.

14. William Gregory, «Hesperopithecus Apparently Not an Ape nor a Man», *Science*, v. 66, Nº 1720 (dic. 16, 1927), p. 579, citado por B. Davidheiser, *Evolution and Christian Faith* (Baker Book House, Michigan, 1969), p. 348.

15. David Pilbeam, *Nature*, 1968, 219:1335.

16. David Pilbeam, «Humans Lose an Early Ancestor», *Science*, April 1982, pp. 6-7.

17. I. Anderson, «Humanoid Collarbone Exposed as Dolphin's Rib», *New Scientist*, April 28, 1983, p. 199.

18. Ibíd.

19. El 14 de mayo de 1984, el *Daily Telegraph*, un periódico australiano titulaba «ASS TAKEN FOR MAN». Los antropólogos franceses rechazaron el hallazgo diciendo que pertenecía a un burro, y aun cuando su descubridor insistió en la validez del mismo, las autoridades españolas cancelaron el congreso.
Actualmente la comunidad internacional no tiene en cuenta al Hombre de Orce.
http://espanol.geocities.com/kolodion/articulo13.pdf

20. Solly Zuckerman, *Beyond the Ivory Tower*, Taplinger, N. York, 1971, p. 19.

21. *Catalogue of Fossil Hominids*, Oakley, Campbell y Molleson, publicado por el British Museum, en 1976.

22. Todo esto lo encontrará lector sabrosamente documentado en el excelente libro del Dr. Phillip Johnson, *Darwin On Trial*, Intervarsity Press, 1993, p. 83. Hay traducción castellana, *Juicio a Darwin*, e. Portavoz, 1995, p. 92 y e. Homo Legens, España, 2007.

23. Citado por Roger Lewin, *Bones of Contention*, Simon & Schuster, N. York, 1987, p. 24.

24. Eric Delson, *Ancestors: The Hard Evidence*, Alan Riss Inc., N. York, pp. 4-5.

25. G. Von Koenigswald, *Meeting Prehistoric Man*, Harper and Brothers, N. York, 1956, pp. 51 y 55. Ver también mi libro *Fósiles Polémicos*, Nueva Hispanidad, Argentina, 2001, pp. 70-77.

26. Richard Lewontin, *Human Diversity*, Scientific American Library, New York, 1995, pp. 163-64.

27. Michael Denton, *Evolution: A Theory in Crisis*, Adler & Adler, Bethesda, EE.UU., 1986, p. 284.

28. *Atlas of Protein Sequence and Structure*, M. O. Dayhoff, National Biomedical Research Foundation, Silver Spring, Maryland, 1972, p. 170. Citado por Duane Gish, Ph. D., *Creation Scientists Answer Their Critics*, Institute for Creation Research, 1993, P. O. Box 2667, El Cajon, Cal. 92091, EE.UU., p. 280,

29. Ibíd.

30. Michael Denton, *Evolution: A Theory in Crisis*, Adler & Adler, Bethesda, EE.UU., 1986, pp. 280-281

31. Michael Denton, *Evolution a Theory in Crisis*, Adler & Adler, Bethesda, EE.UU., 1986, pp. 288-289.

32. Michael Denton, *Evolution: A Theory in Crisis*, Adler & Adler, Bethesda, EE.UU., 1986, p. 291.

33. *Gene*, v. 346, 14/02/2005, pp. 215-219.
http://www.pubmedcentral.nih.gov/articlerender.fcgi?artid=1464121

34. Steve Jones, entrevista en el Museo Australiano, en *The Science Show*, transmitido por la ABC radio, 12/01/2002.
http://www.abc.net.au/rn/science/ss/stories/s456478.htm

35. Steve Jones, *Daily Telegraph*, «View from the lab», 26/06/2007.
http://www.telegraph.co.uk/earth/main.jhtml?xml=/earth/2007/06/26/scilab126.xml

36. Jon Cohen, «Relative Differences: The Myth of 1%», *Science* 316:1836, 29/06/2007.

37. Marsha Walton, «Mice, Men share 99 percent of genes», *CNN*, 04/12/2002.
http://archives.cnn.com/2002/TECH/science/12/04/coolsc.coolsc.mousegenome/
– Lisa Brooks, «Our Not-So-Distant Cousin», *New York Times*, 27/12/2002.
http://query.nytimes.com/gst/fullpage.html?sec=health&res=9C06E7D8113C-F934A15751C1A9649C8B63
– Kate Dalke, «Mouse in the House», *Genome News Network*, 04/12/2002.
http://www.genomenewsnetwork.org/articles/12_02/mouse.shtml

38. Francis Collins, «Scientists complete map of worm genes», *The Michigan Daily*, 11-12-1998.
http://www.pub.umich.edu/daily/1998/dec/12-11-98/news/news8.html

39. Jonathan Marks, «What It Really Means To Be 99% Chimpanzee», Annual Meeting of the American Anthropological Association.
http://personal.uncc.edu/jmarks/interests/aaa/marksaaa99.htm

40. Stefan Lovgren, «Chimps, Humans 96 Percent the Same, Gene Study Finds», *National Geographic News*, 31-08-2005.
http://news.nationalgeographic.com/news/2005/08/0831_050831_chimp_genes.html
– *National Institute of Health News*, 31-08-2005.
http://www.genome.gov/15515096
– Alan Boyle, «Chimp genetic code opens human frontiers». *MSNBC.com*. 01/09/2005
http://www.msnbc.msn.com/id/9136200/

41. J. R. Minkel, «Human-Chimp Gene Gap Widens from Tally of Duplicate Genes». *Scientific American News*, 19-12-2006.
http://www.sciam.com/article.cfm?articleID=9D0DAC2B-E7F2-99DF-3AA795436FEF8039
– Matthew Hahn *et al*, «The evolution of Mammalian Gene Families», *PloS One*, 20/12/2006.
http://www.plosone.org/article/fetchArticle.action?articleURI=info%3Adoi%2F10.1371%2Fjournal.pone.0000085

42. Anzai *et al*, «Comparative sequencing of human and chimpanzee MHC class I regions unveils insertions/deletions as the major path to genomic divergence», *PNAS*, junio de 2003.
http://www.pnas.org/cgi/content/abstract/100/13/7708?ck=nck

43. Patrick Barry, «Mountains of new data are challenging old views», *Science News*, v. 172, n. 10, p. 154, 08-09-2007. http://www.sciencenews.org/articles/20070908/bob9.asp

44. W. J. ReMine, *The Biotic Message*, St. Paul Science, St. Paul, Minnesota, 1993, pp. 215-217

45. Elizabeth Pennisi, «Working the (Gene Count) Numbers: Finally, a Firm Answer?», *Science,* 25/05/2007 v. 316, n. 5828, p. 1113.
http://www.sciencemag.org/cgi/content/summary/316/5828/1113a

46. Consultar en Internet, OMIM
http://www.ncbi.nlm.nih.gov/Omim/mimstats.html

47- Colin Nickerson, «DNA unraveled», *The Boston Globe*, 24-09-2007.
http://www.boston.com/news/globe/health_science/articles/2007/09/24/dna_unraveled/?page=1

48. Ibíd.

49. «Most Human-chimp Differences Due To Gene Regulation — Not Genes». *Science Daily*, 10-03-2006. http://www.sciencedaily.com/releases/2006/03/060309190112.htm.
– Ver también Ref. 47.

50. Gibbs, W.W., «The unseen genome: gems among the junk», *Scientific American* 289 (5):26-33, noviembre de 2003.

– Gibbs, W.W., «The unseen genome: beyond DNA», *Scientific American* 89 (6):106– 113, diciembre de 2003. Erika Check, «It's the junk that makes us human», *Nature* 444, 130-131, noviembre de 2006.

– Ver también Ref. 47.

51. Brian Goodwin, *Las Manchas del Leopardo*, Tusquets ed., Barcelona, 1998, p. 19.

52. Giuseppe Sermonti, *Why is a Fly Not a Horse?*, Discovery Institute Press, Seattle, EE.UU., 2005, c. VI. Traducción del original italiano *Dimenticare Darwin*, Rusconi ed, Milán, 1999.

53. Mae-Wan Ho; Antonio Lima-de-Faría; H. Frederik Nijhout; Bruce Lipton; y muchos otros. Si le interesa el tema, lector, consulte en Internet: «El Genoma Fluido». O a cualquiera de los autores arriba mencionados.

54. Franz Weidenreich, *Apes, Giants and Man*, The University of Chicago Press, 1970, pp. 24-25.

55. Ibíd.

56. Loren Eiseley, *Darwin and the Mysterious Mr. X*, Harvest Book, N. York, 1979, pp. 192-193.

57. Ibíd, p. 199.

58. Abundantes referencias en Internet. Por ejemplo, http://fogonazos.blogspot.com/2004/05/ota-benga-un-pigmeo-en-el-zoo-del.html

59. Bernard Shaw, *Vuelta a Matusalén*, e. Sudamericana, Bs. As. 1958, p. 67.

60. Ver en Internet, «Proyecto Gran Simio».

61. David Pilbeam, *El Ascenso del Hombre*, e. Diana, México, 1981, pp. 50-51.

62. Jeffrey Schwartz, *Nature*, 308:501, 1984.

63. Roy Lachman y Janet Mistler-Lachman, *Science*, 185:871, 1974.

64. George Johnson «La comunicación que aprenden los monos ¿es lenguaje?». Diario *El País*, 12-07-1995. http://www3.uji.es/~ruiz/k37/lect1.htm

65. http://en.wikipedia.org/wiki/Clever_Hans

66. Herbert Terrace, «Can an Ape Create a Sentence», *Science*, v. 206, n. 4421, pp. 891-902. http://www.sciencemag.org/cgi/content/abstract/206/4421/891.

Citado por George Johnson, «Chimp Talk Debate: Is It Really Language?», *New York Times*, 06-06-1995. http://www.santafe.edu/~johnson/articles.chimp.html

67. Ref. 64.

68. Ref. 64.

69. «El escándalo sexual de una gorila genio». *20 Minutos.es La Revista*, 22-02-2005. http://www.20minutos.es/noticia/6988/0/escandalo/sexual/gorila/

70. Ibíd.

71. Lisa Sweetingham, «Women drop sexual harassment suit against gorilla's caretaker», *Court TV News*, 25-11-2005.
http://www.courttv.com/people/2005/1125/koko_ctv.html

72. Ref. 69.

73. «Este simio ha aprendido a hablar». *Suplemento Crónica, de El Mundo.es*, 03-02-2002, n. 329.
http://www.elmundo.es/cronica/2002/329/1012823701.html

74. Elwyn Simons, *Annals of the New York Academy of Science*, 167:319, 1969.

75. C. H. Waddington, *Evolution after Darwin*, Sol Tax, U. of Chicago Press, 1960, v. 1, p.385.

76. Rémy Chauvin, *Darwinismo. El Fin de un Mito*, Espasa Calpe, España, 2000, p. 11.

77. C. H. Waddington, *Un Siglo Después de Darwin*, Alianza e. Madrid, 1982, v. I, p. 32.

78. Richard Goldschmidt, *The Material Basis of Evolution*, Yale University Press, New Haven, 1940. Reeditado en 1982 por la misma editorial.

79. Richard Goldschmidt, *American Scientist*, 40:97, 1952.